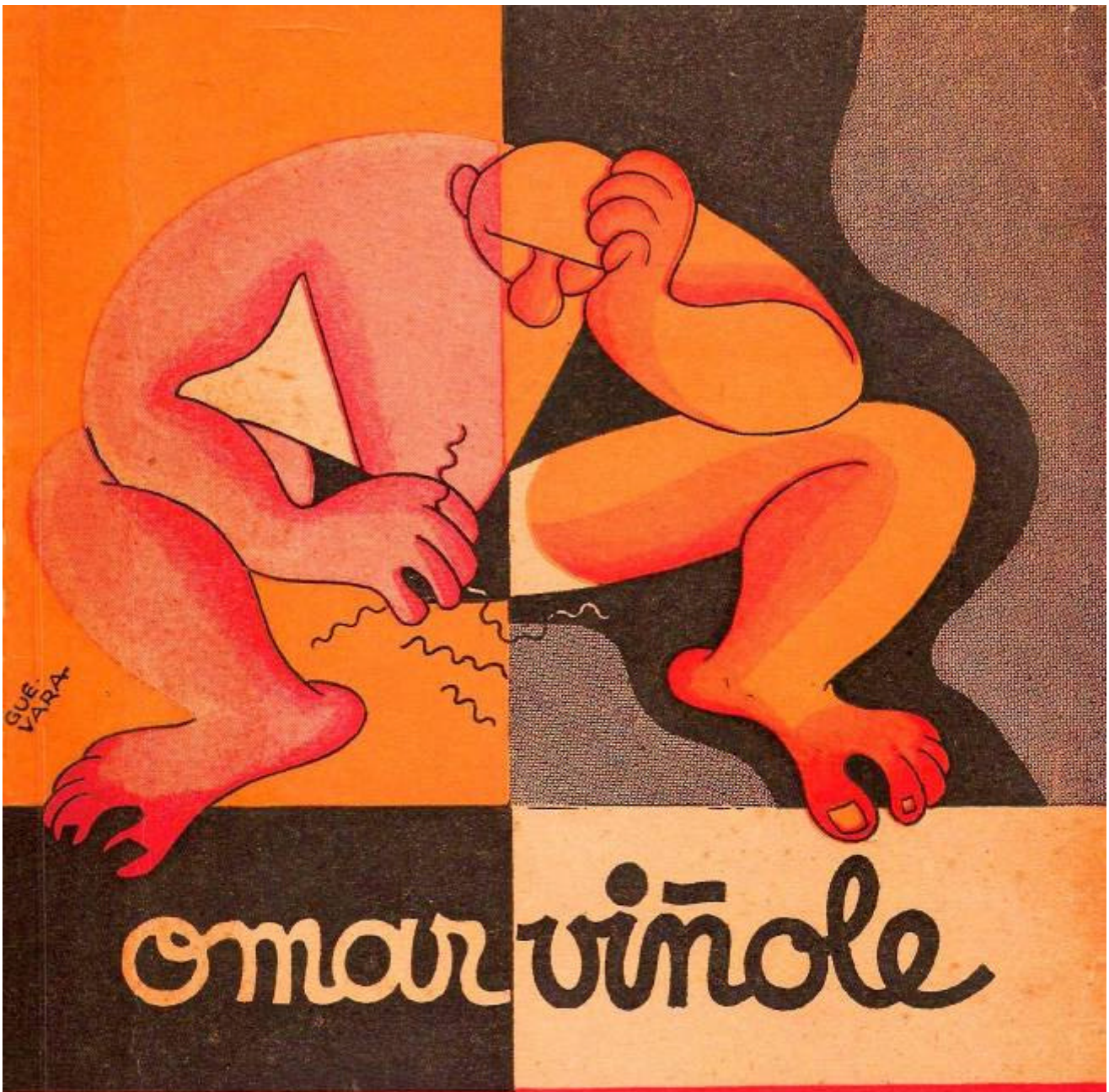


omar viñole

el hombre que se depiló la ingle

Raúl Barón Biza (1899-1964)

Este libro ha sido re-tipeado y restaurado digitalmente del original publicado por Editorial Claridad (s/a) por AMIGOS DE BARÓ N BIZA.

Forma parte de la Biblioteca Virtual Raúl Barón Biza, dedicada al rescate de libros descatalogados e incunables.

PRÓLOGO

¡Nadie fabrica su destino! Los hombres sufrimos durante nuestra existencia, un proceso larvario. Desde la semilla hasta la boca díscola del gorrión que la traslada, hasta las piedras, cuyas láminas inorgánicas son segmentos juntados con paciencia, para dar solidez a la pizarra arisca de las montañas, se entreteje el proceso que hay entre la oruga y la mariposa.

Para llegar hasta la dramática postura de escritor satírico y panfletario, he debido sufrir las combinaciones que se encargan de alentar –por el mecanismo de la razón-, la conciencia de una técnica determinada. Toda la aparatosidad "clownesca" –dialogo y me sincero ante mí- responde a la urgente necesidad que tengo de hacerme otro. Yo trabajo para los hombres. Soy un operario que no oculto mi amor a la sociedad. También sé el desprecio que éstas conceden a sus sacerdotes. Pero no queda otra cosa en qué ocuparse que haga digna la existencia. Para difundir mi nombre, acudí a todos los actos ilógicos, ya que esta conducta la puede ejercitar quien está seguro de sí mismo. La cátedra era estrecha para mi evangelio social. Había que llegar a la masa argentina. Psicológicamente, nuestro pueblo, apurado en diagnósticos, se acerca a lo truculento. Y expolié la inocente cualidad americana, con la bárbara réclame que el público conoce. Mis libros, sus títulos, los temas, las "pruebas atléticas", denuncian mi fortaleza y la conquista de mi libertad crítica.

No es difícil que haya algún "amigo" o lector, esperando que yo sea uno de esos casos pintorescos, que aparecen de tarde en tarde, sin contenido moral y humano. Todo es una estratagema para interesar la opinión y vehiculizar mi orientación intelectual. Hace veinte años que vengo bregando por la política filosófica de la raza. Con este serio inconveniente. Que para mover el grueso de la población debo adaptar mis métodos a una simplicidad que haga permeable mis afanes. Dura labor. ¡Durísima! Ya Barret dijo que solamente un loco pudo "tener en su cabeza ensueños de justicia humana". Desde ese punto de vista, concedo los "diagnósticos".

"EL HOMBRE QUE SE DEPILÓ LA INGLE" es una cosa burda, como las que empleaban los cínicos como Séneca, Diógenes, etc. En los distintos órdenes, Rabelais, Quevedo, Juvenal, Marcial, etc. Instrumentos de contrastes, para sacudir. La eficacia de los mismos es tan problemática, como es a través de todas las historias culturales la dignificación del hombre. Sólo se trata de realizarse a sí mismo. Que los hombres jóvenes conquisten su ideal superior. No es por este singular mecanismo como se es únicamente grande. Hay muchos. Pero cuando se aprende a despreciar nuestra reputación, con respecto a los fantasmas sociales que nos hemos manufacturado, en el momento en que vivimos, es entonces cuando un hombre no tiene fechas y supera la pequeñez del instante en que actúa.

¡Fácil es demoler! Acaso la primera parte de la construcción está en demoler. Lo terrible es que hay que reedificar. El personaje creado es ese otro ente

biológico que para nada compromete mi alma, mi espíritu y mi cerebro. El que se depila la ingle es un Hombre de barro. Mi espíritu ha logrado su autonomía sobre la materia.

Se evoluciona hacia la bestia o hacia la eternidad. Yo he evolucionado hacia la eternidad. Pero con un estricto sentido jurídico contemporáneo.

OMAR VIÑOLE

CARTA DE OMAR VIÑOLE A S.S. EL PAPA[1]

Cuando yo le escribí mi primera carta a S.S., lo hice porque era la única persona que pudiera escucharme. El Papa y el Rey de Prusia son los seres que podían recoger mi S.O.S. Ensayé primero con S.S. porque me pareció un ciudadano del mundo, mucho más reposado. Yo le agradezco los conceptos honrosos y que rechazo por una humildad que viste usarla. He de decirle que la exactitud, como el bronce, la creo póstuma. Fatiga demasiado acarrearla en vida. Los hombres tienen vergüenza de decirnos la verdad. Esperan que muramos, así le dejamos al mismo tiempo la vacante. Pero no es de ellos la culpa. Es la sociedad que elabora el cúmulo vil, de un arte asqueroso: ¡la mentira! Yo me imagino la amargura de Freud cuando dijo "que buscamos en nuestra impubertad mujeres viejas, porque son la sinonimia pasional que despertó nuestra propia madre al amamantarnos". ¡Y Freud tenía razón! A mí también se me debe perdonar como a Freud. ¡Lo que yo digo es verdad! Sufro como un león amarrado (no confundir con león de talabartería) al comprobar cómo después de veinte siglos (no puedo hacerlo por menos) de metáforas y mentiras frente a la conmoción del régimen de la moneda, se derrumban todas las escuelas filosóficas levantadas por la sabiduría humana. Me quedaban dos caminos. O incorporarme a la comparsa que en la estratagema de la comida se apoderó del Estado, u oponerme con el imperio de mi fortaleza intelectual y moral a esta avalancha de almas a la deriva. Empezaré por explicarle a S.S. qué razón me trajo a Córdoba y qué secreto motivo aprisionan mis actos en esta mediterránea aldea, donde disfruto del mendrugo de las montañas y la piedad de los "doctores".

Para el proceso de la vida de relaciones, en lo que a sociología pura se refiere, la intimidad espiritual e individual pareciera que nada tiene que ver con el enjambre que rodea a un Hombre que se mueve y actúa. ¡Sin embargo es todo lo contrario! Un leve amor es la chispa de la hoguera. En mi calidad de larva, se debatía la mariposa sedienta de romper la cabina. Solamente en Córdoba yo estaba tranquilo para meditar sobre la suerte del mundo. Porque en provincias cerradas y con fisonomía, los hombres conservan toda la imbecilidad de hombres. En las grandes ciudades la estupidez humana se desnaturaliza. Además, siempre amamos y veneramos los lugares donde se nos daña. S.S. sabrá que el que más o el que menos, es un poco masoquista. ¿Qué cosa grande habríamos hecho los hombres sin el mosto de la amargura? El mismo Jesús, sin esa música popular que se llama desprecio, no habría merecido la confidencia de la eternidad. Solamente en Córdoba se me hostilizaba en la medida de mi exigencia. Yo llegué a esta ciudad con la anonimidad que el lugar tenía para mí. Elegí Córdoba de stadium para mis escándalos porque en otra parte, París, por ejemplo, todo ya estaba manufacturado. La historia no es nada más que la

[1] Aquí salta a la vista la influencia de Barón Biza en Viñole, que –al igual que lo hiciera Raúl en *El Derecho de Matar*- prologa su libro con una "Carta al Papa".

narración de sus hombres escandalosos. Pero la facultad de escándalo no está en el medio, sino guardada en el estratega que maneja los títeres. En síntesis, yo tenía (como he tenido siempre) la seguridad de que era hábil de peinar el sauce para arriba. En el peor de los casos, mi biología de explorador haría dejar en estos hielos mi cruz de desesperado, que quiere llegar a la línea del horizonte. Apenas llego a esta ciudad, engalanada con gas y viejos orines de la época de la colonia, me desvivo por encontrar el maestro y amasar con empujes finales mi arcilla, contenida en la pacífica tarea de arar la tierra. Mi espíritu infantil estaba lavado con la contemplación de las espigas que sembraron mis propias manos. Había sido agricultor y podía probarlo. ¿Qué mejor título que éste para hablar a otros hombres que sufrían como yo? Entre los terrones quedaban a mis espaldas los viejos errores. Yo venía a Córdoba a aprender. En suma, era un lírico que hasta entonces no conocía de la vaciedad intelectual ambiente, nada más que el gran presentimiento de cultura que se posee antes de desembarcar en este far-west universitario.

Los talentos de turno para aquel entonces estaban reducidos a dos columnas capitales. Deodoro Roca, que todavía estaba deletreando el espejismo de sus metáforas, con sus periódicos discursos leídos, y Gregorio Narciso Berman, que con su cuello palomita se asomaba todas las tardes, tras del tapial de almidón, a la manera de una vitalicia flor azteca, que instala para servicio de los peatones, el espectáculo gratis de una cabeza encima de un florero. En torno a estos talentos de turno, varios lechuguinos de menos trocha se amamantan de Marx y Taborda, y una anticipada senectud visita los bríos de estos chicuelos apurados de personalidad y en ser designados jueces de primera instancia. S.S., que está vinculado a esta ciudad, estará notificado que en cada hijo de Eva cordobesa hay un juez en potencia. Más allá, en la otra cuadra, como hechos impresionantes, no quedaban más que Vaquero Lazcano y Orgaz el socialista, que había desovado un libro con este título: “Huelga de Ideas” (y era cierto). Ambos, con una carrocería de luto, como la cargaban los primitivos maestros españoles. El conjunto no podía ser más entretenido. En un barrio del plano catastral, una casa grande, donde estaban conchabados muchos parientes, distribuían a los alumnos (casi todos de la familia) cartones impresos en la casa Peuser, en los cuales se les confería autoridad para asistir a personas enfermas (o curarlas si podían), y hacerle líos jurídicos al padre eterno, mediante el estampillado que aconseja la Ley. De esta casa con paredes gruesas, dada en llamarse “la casa trejo” también egresaban muchachos con pantalones arrugados, que les decían que eran ingenieros. Alguna que otra mancha en la ropa, culminaba el carácter y vocación alimenticia de los educandos. Como síndrome clínico, todo esto era producto de la ciencia, que se había instalado en Provincias, para aguardar la noticia integral de una cultura contemporánea que amanecía en su putrefacción. En todas partes que no fuera Córdoba se sabía que el hombre (envase milenario) estaba fuera de órbita frente a un régimen y era amenazado por el hambre y la soledad. Europa continental, con sus cincuenta y siete millones de bocas (sin contar los niños) suplicaba un plato de comida. La

dignidad de los que se ocuparon en elevarse estaba relegada o impedida de prosperar por el canon de la enseñanza oficial. ¡Era la cultura capitalista que se venía al suelo! Los pueblos se morían de hambre a pesar de que sus hijos sabían leer y escribir y haberse doctorado en sus Universidades. En todas partes, menos en Córdoba, una nostalgia abatía la suerte de los habitantes del planeta, que cierra su materialismo histórico, bañándose en la sangre de una monstruosa e impostergable guerra. Mi ateísmo filosófico no podía traducirlo más que de una manera. Escandalizando y jugando mi reputación, aunque ésta me hiciera falta. Yo tenía que entregar a duro precio mi cordura. Era negocio, para salvar siquiera fuera en algo mi propio derrumbe. La juventud del País me preocupaba en mí mismo. Yo tenía el deber de explicar en forma indubitable el origen y proceso de esta civilización que se hunde. De los mecanismos que me valí, S.S. debe conocerlo por los diarios (me supongo que para llegar al Papa es necesario saber leer).

Algunos jóvenes turcos locales, que olían algún tufo a quemado, se debatían y se siguen debatiendo en el narcisismo de sus conocimientos. Refinados hasta la patología, dos círculos congelan el arte y la ciencia.

Si la verdad existe, ¿por qué no está al servicio de los desventurados y los ascensoristas? ¿Quién había hecho correr la bola de que Dios, este Dios de los cordobeses, nutría de talento a una sola familia (la de Doña Teresa)? ¿Especies? Hasta para las almas aquí regía el arrabal. A la sazón, yo también tuve que vivir el período del ganglio. Vine joven, porque ha de saber S.S. que yo tuve 18 años, aunque lo nieguen (conservo fotografías) y me quedé algunos años dormido.

Permítame que le haga notar a S.S. que la existencia son tres períodos. Onanismo, depravación y reajuste. Yo viajaba por la edad de la depravación cuando aterricé en Córdoba. Nutrido de deidad en mi infancia, temeroso de la fiscalización celeste (cuya agencia S.S. inviste en este subsuelo) postergué la preocupación con respecto a la existencia de Dios y me acomodé una doctrina que me dejara atorrar a mi gusto. ¡Me hice panteísta! Mas este proceso de la secreción es sumamente viajero y llegó la serenidad de mi semiología. Apurado en ir hacia la luz, me había demorado más del tiempo necesario en el engaño de la carne y las achuras. Las mandíbulas de mi afán se habían cansado de masticar los sentidos. En tanto, empresario de insolencias, no permitía que los que cruzaban por mi paso dejaran de darse cuenta que yo era un emisario de la belleza y la verdad y que se me debía oír. Era, si S.S. me permite, un hospital de sangre, que había puesto a la entrada este letrerito: “Lenocinio”. No pudiendo hacerme amar, porque la característica abyecta hace que solamente se lama la mano del que da algo de comer, me hice odiar, a fin de que me llevaran como un escapulario en el pecho y dijeran a todos los vientos, de la existencia de este irresponsable a reglamento, que ya empezaba a alarmar más de lo que convenía. Permítame que le diga, S.S., que esta técnica se la plagié a San Agustín, ya que él la aconseja en sus confesiones. El ardid de que me serví

para financiar mi derrota en la cuadra del clasicismo, corrió por mi cuenta. Mientras gozaba esta semisalvaje intimidad de saber que se me condenaba, sin haber realizado una obra seria que me consagrara, contemplé satánicamente a los caníbales que se apoderaban de mi reputación. Para defenderme, yo también administraba enemas con vidrio. Fue entonces, como sin darme cuenta, como todas las cosas grandes, percibí la pasta de Santo y el intenso amor a superarme. Yo era el único que en Córdoba podía perder mi decoro. ¡Este era un síntoma de que lo tenía!, y era el único que no movía su pluma por (vianda). Me hice fakir y pasé el océano de sangre, latas viejas, basuras, alambres de púas, hasta desprenderme totalmente de los que quedaban en la vereda de enfrente. Ahora cada grito señala que yo estoy aquí, solo, alejado de millones de cadáveres macilentos, que añoran pasar a mi vereda, pero que les falta voluntad, - para caminar.

Esos morirán en la fabulosa california del engaño. Saben que yo tengo razón, pero no pueden emanciparse. Es la comida, repito a S.S., que les hace replegarse en esta animalesca facultad gregaria. ¿Pero qué ocurre? ¡Que la comida de los viejos no es la comida de los jóvenes y los jóvenes no son tan glotones! En C´rodoba hay una generación que avanza en su marcha, mientras que todos estos ancianos de la próstata inflamada no dejan una sola palabra en la caja fuerte. Hay que empezar de nuevo. Nada de reformas parcelarias. Todo el andamiaje está carcomido.

Descubierto el pastel, no me queda más remedio que emigrar. Yo también, sibarita hasta el agotamiento, no quería descorrer la cortina de humo que me protegía. Sentía vergüenza de parecerme a los propietarios de la academia. Yo no podía cocinar mi tortuga en la misma cacerola de ellos. ¡Yo tengo mi tortuga aparte! En mi próximo libro, "Mi disconformismo!"[2], hago notar con la minuciosidad necesaria el saqueo legal del profesorado Universitario, de los políticos y de los falsos intelectuales, que han estado engañando durante medio siglo a lo que hay de más puro y admirable. La juventud del País, y en especial la de Córdoba, que tiene una gran suspicacia y una voluptuosa ambición. Lástima grande que cuando se ha entregado con toda la personalidad de su frenesí, como ocurrió en el año 18, negociantes con metáforas y procedimientos sucios, malversaron la confianza, y dejaron el agrio sedimento de la duda. El epicureismo de estos atorrantes comienza y termina en dolorosos ejemplos. Plagiarios de todas las napas, hurtaron la realidad de la conquista, y de esta plebeya vulgaridad de copiar e imitar a los que por el camino del dolor se abren paso, los ídolos de las revoluciones en Córdoba están contramarcados a la salida. Yo aquí puedo jurarle a S.S. que no soy ni siquiera catedrático. Me expulsarían al día siguiente. Diría cosas demasiado dolorosas, que a lo mejor no están en la materia. Soy un hombre que no hago licitación para pensar. Ya no me asesoran los textos. Soy, permítame S.S., aunque se me vaya un poquito la mano, un universo orgánico que juzga el otro, el inorgánico. En mí

[2] Luego publicado como "Mi disconformismo filosófico" (Nota de los Restauradores).

empieza una escuela. Las otras son mis enemigas. Horrorícese S.S. lo que es Córdoba por dentro y lo que es por fuera. Rebasa todo cálculo. S.S. puede conquistar esta ciudad, si viene soltero, porque el material masculino es decreciente conforme a la estadística. Poeta e incauto, sólo me interesa el corazón del hombre. Puede darse S.S. una idea que con este elefante blanco de mi espíritu (que no está enfermo de aftosa) no me quedaba más que una pedagogía panfletaria. Me instalé una insana hebdomadaria, y lo conseguí tan bellamente, como sólo puede un artista arrebatar del Carrara la lasitud y movimientos de sus imágenes. Jugué con el silogismo y el ironista abotagado de amor, ejecuta febrilmente los compases de la partitura, que tenía en su atril.

En esta danza de pasiones, me hizo perder la tranquilidad al principio. Debo aclararle a S.S. que me sentí conmovido por el sistema con que Córdoba desplazaba este afán sin que se hiciera notar, todo el fruto de mi propia novela, experimentada en la cátedra de mis andanzas y mis inquietudes intelectuales y artísticas. –Omar, me decía yo mismo, Córdoba te derrota, se burla de ti, y tú, ¡cobarde!, ¡accedes!. Fue cuando las ortigas me parecieron lirios y agradecí a Dios que me pusiera por el sufragio de la maledicencia esta cualidad de no pensar con la mayoría, porque la mayoría es sucia, bruta, mala y es amante a los fiambres de almacén. ¿Si yo me pareciera a los otros, qué diferencia tendría con ellos? ¿No le parece, S.S.? La murmuración tomó la carrera desenfrenada en los coloridos más diversos. Yo mismo contribuía a denigrarme –para sacar a Córdoba el arma con que acostumbra a matar, ¡la calumnia!-. Este remedo de muerte civil lo ensayó Arístides, cinco siglos antes de Cristo, cuando dijo que "prefería ser justo a parecerlo". La consagración que el medio pudiera regalarme, no me seducía. Yo quería ganarla con el sudor de mi frente. Diré a S.S. que harto de gozar en las casas de citas, mi ajedrez son los fantasmas que me fabrico en una juguetería que tengo de menor escala. Balzac aseguraba que la resignación es un suicidio cotidiano. Yo me resigné a ver morir en la vereda de enfrente a un Omar Viñole, mientras que de esta otra lo contemplaba fríamente, sin inmutarme.

Comprobará por la presente S.S. que soy un apóstol cínico, de la burla, con tal de enriquecer la experiencia de los que vienen atrás. Cuando la religión cremaba a Juana de Arco, no pensó que andando el tiempo, la misma Iglesia tendría que canonizarla. No sea cosa que todos los que le tiran tomates podridos, bombas de crema, cáscaras de huevo con alquitrán adentro, al Omar Viñole que está enfrente, enloden al único remedio que queda dentro de la literatura, para que se sane de una vez.

S.S. hará memoria, para que me dejen entrar al cielo sin esta resina, que me envuelve, porque parece, según datos fidedignos, que yo vine al mundo forrado únicamente de una piel limpia, que se ha ensuciado andando entre los literatos y viviendo en la ciudad que fundó aquel hijo de puta que se llamó Jerónimo Luis de Cabrera[3], para infectar al País.

[3] Fundador de Córdoba (Nota de los Restauradores).

EL ARTE DE MATAR RATAS

Mis amados lectores: Un día, un italiano genial y en la miseria, como casi todos los seres geniales, resolvió ganarse la vida de una manera original. Inventó un procedimiento para exterminar ratas. El método consistía en cazar, con una trampera, un solo ejemplar. Le cortaba la cola con una cortaplumas que al efecto llevaba. Y después de sumergir ésta en aceite "Ricoltore", se la introducía con vidrio molido, por vía rectal. Realizada esta operación, le suturaba el ano, y la volvía al agujero de la cueva. Los interesados protestaban por el procedimiento, que creían ineficaz. Entonces el italiano de marras decía: "¿Usted cree, señor, que esta rata, cuando le cuente a las otras ratas camaradas, que le han cortado la cola y se la han introducido con vidrio en el ojete, se va a quedar en su casa?" "¡No sea vanidoso, señor!" El argumento era por demás atendible.

Amantísimo lector, tú crees que Omar Viñole es un idiota, un imbécil, un pobre loco, o un irresponsable, después de todas las enemas de con vidrio, guardabarros, carozos, latas de sardinas, que le ha administrado a la cultura? Sería prudente que le preguntaras a la rata qué es lo que opina del procedimiento. No es por darme corte, pero creo que le he alojado a los falsos intelectuales un virus, que si no mueren, van a guardar unos días de cama. Ya en tren de intimidades, es conveniente que examines tu sentido crítico cuando termines de leerme (si es que tienes el valor suficiente de darte cuenta que probándome el error en que estoy, adviertes alguna verdad social).

Omar Viñole.

Se suplica denigración.

Si sabiendo que me tengo que morir lo mismo que Napoleón, he tenido el valor de defecarme en veinte siglos de metáforas y mentiras, ¿qué no habría elaborado si fuera inmortal?

Omar Viñole.

Los hombres superiores y combatidos no son más que dioses catastrales, a los cuales (por ahora) no se les comprende bien. No es de ellos la ignorancia, sino de las colectividades empantanadas en la barbarie.

Pensad cómo será de pequeña la sociedad que me rodea, que no creyó pudiera ser una cosa seria. Puede ser hasta probable que yo sea una experiencia humana sin barquilla, ¿pero quién que no sea el hombre es el gabinete filosófico de la eternidad?

Un hombre superior no tiene otra forma para desintegrar su personalidad más que por la flagelación de sí mismo. Yo he llegado a cremarme en el propio drama esquiliano. He asistido a las exequias de mi personalidad intelectual, befándome. ¿Qué mejor prueba de la serenidad con que efectué el sepelio de mi cabeza?

Esta es la razón cristiana de por qué me importa tres puñetas de los aplausos o los silbidos. ¡Formas del silicio!

Omar Viñole.

CONFIDENCIALMENTE
A LOS LECTORES DE ESTE LIBRO

Lector, piensa que en tu cuerpo están los gusanos que te comerán las vísceras. ¡Saldrán de ellas! Tú estás encerrado en tu propia muerte y la acarreas. ¡Con la muerte te acuestas todas las noches!

Frente a esta miserable realidad, bien vale la pena que toda esa porquería de carne y de pelos la entregues por un grande ideal de bien común.

Omar Viñole.

Para el hombre que duda de mí, escupo este libro. Para los hombres que esperan como yo y han hospedado en su alma el hábito de la verdad, para ellos trabajo. ¡Dudar no es definir! Yo no dudo de mí. Cualquier cretino tiene ideas. El peligro de las ideas está en la pasión que se ponga en realizarlas. Yo hace veinte años que acarreo todos los epítetos, desde loco hasta miserable, por no haberme prestado a favorecer los rufianes de la pluma, que son los más tenebrosos de mi país.

Soy un nudo de carne y hueso que he lactado muchas amarguras para elevarme más allá de mi asquerosa envoltura biológica. ¡Yo ya me he salvado!, y de puro romántico, quisiera salvar a otros infelices, que vienen atrás. Los pueblos prostituidos precisan palabras bárbaras. ¡No se puede leer la Biblia en un lenocinio!

Omar Viñole.

Confidencialmente te aconsejo que no me leas: este libro es asqueroso.- Vale.

¡MIS CARTAS YA ESTÁN TIRADAS!

Tú sabes que por mucho tiempo conservé mi asco sin traducirlo. En ese entonces escribía versos. ¡Hoy los vivo! Pero no es hora de proclamarlos. Hay demasiados hombres con hambre y muchos hogares sin pan. Ya cada ciudadano ha perdido su idilio y unidad social. ¡No vale nada! Es una pobre cosa humillada y manoseada. La facultad de adquirir legítimamente su salario, ha mermado. Ya el abatimiento golpea todas las puertas, mientras unos pocos privilegiados engordan. Yo no conozco más casta que la del corazón humano. Vivo el espacio puro. No tengo fechas. Mi edad es la de la tierra. El hombre es el grosero contraste del ensueño, pero tristemente cierto. No es hora de versos para el que maneje su comprensión del instante. Para el que se dé cuenta. No hay defensa posible frente a la bárbara ignorancia de mi pueblo. Y yo soy un hombre estremecido por los que sufren y callan. Por eso me divorcio de todas las culturas y voy hacia la libertad y hacia la luz. No por eso perderé la razón aunque me la nieguen. Eso sí, he puesto en el océano de las almas una boya de oro, para saber a dónde marcho. Esa boya tiene un nombre. ¡Dios! Yo ya litigo directamente con él y con la vaca. Ambos me entienden y me escuchan. ¡Mis cartas ya están tiradas! Ellos no me contradicen. Dios, silencia, como la vaca.

El Hacedor está solo como yo. Conoce el dolor de la soledad y calla. La vaca también está sola con su grande cabeza de vaca, resignada ante el hombre que la explota. Dios me deja de único patrimonio la duda, que se la agradezco porque así me seduce más descubrir el secreto de mi muerte. ¡Será un secreto más que enfrento! La vaca me oye con una paciencia que no tuvo nunca el hombre. Además, ella medita, porque no cae en los pozos como los demás peatones. Da leche como no da el hombre. Vigila por los niños como no se ocupan los propios padres. Es previsora, tanto, que lleva su granja, pero líquida, para no pagar estampillado y patentes. Eleva el nivel y la aristocracia de la Argentina, cuyo génesis está en las vacas. Los besos de la vaca son más rudos, pero tienen un exquisito olor a pasto, como no lo tienen los amantes. Y de la vaca es, para abreviar, aprovechable hasta su bosta. Ya ves qué diferencia tiene con respecto al hombre, que sólo sabe de sus mucosas y que sus ansiedades terminan cuando él ha hartado su barriga. Finalmente, la vaca es todo un tratado de filosofía. Da a su ternero leche de su prolífera ubre, pero lo caga en la cabeza. ¡Esta es la más inapelable de las doctrinas! Ganarás el pan con el sudor de tu frente. La vaca sabe que la vida es lucha y se resigna a luchar y morir en el matadero para el hombre. No hay otro destino. ¡Luchar! He aquí la síntesis de mi vida. El contenido social que yo le doy a todos mis panfletos literarios, sean o no comprendidos, acusan la desesperación de mi espíritu frente al dolor de una

sociedad en el ángulo más trágico de la historia. Tampoco es nuevo. El actual régimen de Rusia fue precedido por una pléyade valiente de jóvenes que pintarrajeados y disfrazados salían a la calle a ridiculizar la monarquía zarista, y probar que aquella depravada aristocracia era sólo hija de payasescos uniformes y métodos. El dadaísmo y otras escuelas con "ismo" no son sino aspectos intelectuales, perfectamente organizados, con los cuales se puede probar lo efímero de una cultura, frente a la eternidad inmutable. La sujeción a este régimen de la moneda, que está dando sus últimas boqueadas, prueba que nuestra juventud es canalla y microcéfala. No se tarta de mi reputación, sino de la suerte del género humano. Y como tengo la entereza de un hombre de verdad, no he podido callarme. Sé en el país que vivo y no quiero funcionar de apóstol. Por eso escribo así, desparramando con alguna habilidad mi ironía contra el clasicismo y la academia. ¡Todo es una burda patraña! En la vida existen dos clases de payasos. Lso conocidos en su casa y los conocidos en el mundo. Cuando esos payasos dan pan a los hombres, se les puede tolerar. Mas cuando tienen una sordera de estaño, hay que cambiarlos por otros. Tú sabes bien lo dolorosa que me es esta popularidad. No es la que merezco. Pero tengo el valor personal de afrontarla por una causa humana y próxima. Marx y Jesús, íntimamente ligados, amanecen sobre la desesperación del mundo que arde y se revuelca en la impotencia. Vendimiadores de espíritus fuertes, intentan de nuevo armonizar la especie. Pero hay que luchar. Vuelvo al ejemplo de la vaca. Luchando me hice un hombre. Desafiando al ridículo llegué hasta esta magnífica soledad. Yo soy el hombre que empieza a nacer de nuevo. Los otros se mueren deletreando sus pocas horas que les quedan, en el grito de las horas. No soy devoto ni de vituperaciones ni de alabanzas. Antes de salir a la calle he tenido la precaución de asesinar mi vanidad humana. El hombre es un poco cosa para mi alma. Litigo con dios, para hablarle precisamente de los hombres.

Omar Viñole.

FORMAS DE PREPARAR EL ENGRUDO

Se disuelve en un recipiente que contenga cuatro litros de agua, dos kilos de harina de esa que se podría hacer pan.

Una vez disuelta se agregan cuatro litros de agua (preferible de la canilla). Esa mezcla se pone a cocinar, teniendo cuidado de mover continuamente la mezcla para que no se pegue en el fondo del recipiente. Se mantiene en el fuego hasta que adquiera un color crema oscuro. Posteriormente se le agrega un litro de agua fría. En esta forma el engrudo queda en condiciones de resistir la acción del tiempo, las lluvias y el sol. (Nota: Generalmente el sol sale cuando no llueve). La editorial ha creído prudente enseñar a los lectores a preparar el engrudo. Hay muchas personas que dicen haber leído a Comte, Goethe, Nietzsche, Ricoltore y otros filósofos, y no saben manufacturar un buen engrudo. Los engrudadores han sido los únicos hombres que se han destacado en la historia.

La Editorial.

LA PASTA DE PIRATA DE LOS APÓSTOLES

Las colectividades gregarias nos exigen que los poetas probemos la existencia de las cosas sublimes, para que se nos crea. Olvidan o desconocen que nuestro mundo intelectual es una operación psicomotora, frente al cosmos. Ni más ni menos que una uña encarnada. La sufre el pie que la acarrea. El dolor no se explica. ¡Se siente! El que disfrute de esta soledad intelectual, que comprenda mi desprecio por este brutal racionalismo. Dios; el Papá de Jesús de Nazareth, comprende el drama de estar solo. Que le pregunten a ÉL, que no tuvo quien lo bautizara. Ha de saberse que Dios es semita y que no pisó nunca la iglesia. El día que alguien lo viera a la salida de la Catedral, se viene al suelo en la consideración pública. Son las autoridades constituidas que deben mascarle las "morley", como dice Petrone. ¡Para eso es Dios! A Dios hay que aceptarle sin exigir que probemos su existencia. A mí también hay que acatarme así. Cuando se den cuenta que detrás de este aparente imbécil, sediento del monopolio de publicidad, hay un hombre de carne y hueso que ensueña mejores días para su raza, me caeré narcotizado por los adulones, que querrán llevarme a todas partes, para que me vean acompañado por ellos. Los filósofos tenemos dos mundos. Esa es la pequeña ventajita que disfrutamos con respecto a los que sólo creen en las enormidades vigentes. Yo les hablo del que conocen. Sólo puedo asegurar una cosa: que tengo la indispensable pasta de pirata que fue necesaria a todo apóstol de verdad.

Omar Viñole.

Pensamiento que puso Vagagá en el álbum de una niña que se reía de él:

Señorita: Yo conocí una niña que fue a un pic-nic a pasar un día alegre, a despreocuparse de todo, a no pensar en nada y reír, reír y reír, con esa risa ana – ana, mitad encanto y mitad lozanía de los terneros. Nueve meses después esa misma niña (cómo cambian las cosas) no hacía más que llorar. ¡Lloraban ella y el nene… ! ¡Tome nota, señorita!

Oscar Rubén Darío Vagagá.
Representante del género humano,
de paso por la tierra, por pocos días.
¡Haga su pedido!

EL TALENTO no es nada más que la lápida con alquitrán que la naturaleza pone en las espaldas del atrevido que para darle sustento a su vanidad demuestra con hechos que no es tan desgraciado como lo murmuraban.

Como carozo, yo no habría germinado nunca si no me hubieran echado tierra encima. Me cuesta demasiado sufrimiento y ardid esta fama de depravado intelectual, para que me desprenda de ella. “El hombre que se depiló la ingle” recorrerá todo el orbe en velocípedo, con el único afán de establecer la diferencia que hay entre yo y Leopoldo Lugones (el papá). Mi única ambición es parecerme a Omar Viñole.

Omar Viñole.

REGLAMENTO DE LA PILETA

La casa hace saber, a los interesados en bañarse aquí, que antes de largarse a esta pileta literaria, cuyas aguas no contienen más que los bichos indispensables de los arroyos y manantiales, para su propia purificación biológica, que es necesario:

Artículo 1º - Sacarse totalmente la ropa, los botines, camiseta, ligas, escapularios y hasta los ojos de gallo (para que no miren).

Art. 2º - Los interesados deberán antes lavarse en baño de lluvia, para desterrar la tierrita que acarrean debajo del cuello y no abandonarla en la pileta.

Art. 3º - Es absolutamente prohibido lavarse dentro de la pileta con jabones que confieran un gusto distinto al que debe llevar en sus entrañas el agua de los arroyos.

Art. 4º - Queda terminantemente prohibido hacer pis, o alguna otra tarea menor, que siembre de amoníaco o alguna otra sustancia "panteica".

Art. 5º - Será expulsado de la pileta el que sea descubierto que por sus visajes, expresiones características, ojeras, etc., se más – turbe dentro de la piscina. (Para estos casos tenemos otras piletas más poéticas y con versos).

Art. 6º - Los que hagan ruidos, molesten a los otros bañistas, indiquen técnicas (la plancha, etc.), o inoculen un criterio caótico, que desprestigie las propias aguas, serán procesados psíquicamente ante las justicias ordinarias y guarangas.

El dueño de la pileta.

CARTA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Usted no me abisma, Omar Viñole. Si usted tuvo el valor de dirigir aquella revista diaforética que se llamó "UROTROPINA", usted es capaz de "El hombre que se depiló la ingle" y mucho más. Es tan bien trabajado el proceso de su imbecilidad a reglamento, que ha llegado a ser el escritor de las digestiones geniales. Hasta antes de usted, los moralistas apenas le hacíamos pis a las cosas mal hechas. Ha venido usted, después de un banquete de textos y erudición, se ha desatado la correa, se ha bajado los lienzos y ha desbordado los ríos, desmelenando su saludable "guano". Aquí, en España, hace muchos años, se plegaron a una huelga los merderos. Y no dejó de ser seria la preocupación del Estado. Las tierras enflaquecían y las rentas mermaban. El polvo y los carbones que nosotros expendemos como boticarios de los espíritus, no es otra cosa que mierda tamizada y desecada. Opoterapia pura. Que la glándula animal sirva de grúa a la glándula humana que se está viniendo al suelo, ¡como los cereales! América no lo quiso poeta a usted; ahora que lo aguante, si puede, que el olor que usted deja significa también un exquisito tipo de vanidad. La del zorrino, que deja su tarjeta de visita a la pasada. El género humano no está facultado para comprenderlo. Lo único que puede hacerle es la propaganda. Que todo es propaganda. Hasta mi nombre está relegado a una simple propaganda. No valía la pena tanto kerosén en la lámpara para iluminar este siglo, que lo que menos quiere es luz. Quiere émbolos, conservas, digestiones y orgasmos. Usted y yo estamos de más. ¡Dejémosle todo, y vamos... !, que hasta yo, que soy Unamuno, me tendré que podrir.

MIGUEL DE UNAMUNO.

DECRETO DEL SUPERIOR GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

Habiendo constatado este Superior Gobierno de la Provincia de Córdoba la marcada vocación a la normalidad de todos los habitantes del territorio y que los hijos legítimos e ilegítimos (que de todo hay en la viña del Señor) no cometen ningún acto que acuse posibilidad de destacarse en las letras o en los descubrimientos sublimes, como lo hicieran los locos Ameghino. Cristóbal Colón, Domingo Faustino Sarmiento, Julio Verne y Oscar Rubén Darío vagagá, en uso de sus facultades, el encargado de Gobierno (a los efectos de las firmas,

DECRETA:

Artículo 1º - Adquiérase la cantidad de DIEZ MIL EJEMPLARES de la obra intitulada "EL HOMBRE QUE SE DEPILÓ LA INGLE".

Art. 2º - Dispóngase que las escuelas primarias y secundarias efectúen profundos estudios al respecto.

Art. 3º - Concédase que los empleados lean en las horas de oficina la citada obra, a los fines de entrenarse en la insania a reglamento.

Van – Grooootes (Fdo.): Pedro J. Frías
Menager con sueldo Encargado de Gobierno

Dése al R.O. y archívese.

Hay una cosa brutal, que es tener hambre! Hay otra mayor aún. Ella es tener hambre en un país extranjero, cuyo idioma no se posee. Pero un hambre que supera a estos dos, es el de un hombre que le habla a otro hombre del mismo idioma y éste no le comprende.

Omar Viñole.

¡Disculpen! ¡Esta meditación se me cayó!
¡Fue sin querer!

Cuando a partir de Pinel se denominó genéricamente loco a todos aquellos seres que no se asimilaban en las filas de la cordura, fue tan grande el horror que cobramos los genios de ser sospechados normales, que desde entonces arrastramos la torturante palabra de cuatro sílabas que parecen cuatro puntas de fuego en la zona glútea.

Pero es preferible esta algomanía a la alogia de los intelectuales de mi tiempo.

Juan Filloy.

Cuanto tú, lector con aftosa, tengas algún miembro de la familia desprendido de la normalidad, como un átomo desplomado en el vacío, y lo lleves a un "neurólogo", con el dolor que se tiene para las cosas que se aman, comprenderás el mal que hizo el irresponsable Freud al poner en manos de los médicos de campaña (que lo son todos) tratados de psicoanálisis.

Mal pueden conocer el plano catastral de las almas los que malamente conocen la semiología de los cuerpos.

De la alosicosis de los espíritus sólo entendemos los santos que en la planta urbana afirmamos la eternidad, por la otra vereda del presupuesto vigente. En la vereda sin expensas – litis. En fin, los que vivimos la heroica alosinesia de un mundo paralelo a este, en el cual no tiene nada que hacer Saavedra lamas, podemos darnos el ambigú de excitar la cólera, hasta que los cabrones caigan en colapso.

Omar Viñole.
Abonado en las cosas ridículas

VIDA SIN MILAGROS DE OSCAR RUBÉN DARÍO VAGAGÁ

¡Oscar Rubén Darío Vagagá fue un hombre! Yo pude comprobarlo, porque vi sus dos testículos en alcohol, en una sala de anatomía del Hospital de Clínicas de la ciudad de Córdoba[4].

Había, antes de morir, donado ante escribano público sus implementos de reproducción, para que las generaciones venideras no negaran totalmente la presencia de hombres, y temiendo que, como todo cambia, también los jóvenes nuevos trajeran por encargue de la cigüeña, los huevos, embutidos, como las instalaciones eléctricas modernas.

Vagagá, que así le llamaremos cariñosamente, ya que el apellido paterno era la única verdad, porque entendía que a las verdades lo primero que hay que hacerles es no ponerlas en duda, para que estas parezcan tales. Sus nombres eran trabajos artísticos. Su madre, la de él, creyó así desprestigiar a un señor Oscar, que tenía una tiendita en la esquina, y a un señor Rubén Darío, que tenía algo en la cabeza, además de la caspa, y que se pasó la vida borracho, como única forma de mantener la ilusión de ser comprendido en la verdad, y que además de esto escribía versos, algunas veces con fines urinarios, otras para conseguir algo de dinero y "mamarse" (vulgo curda).

A los trece años, Vagagá dejó de masturbarse. Esa era la primera cualidad sobresaliente, ya que algunos intelectuales lo hacen a la vejez. Vagagá le explicaba casi todas las tardes, a la siesta, a una mucama de gran "espíritu", mirándola de cúbito dorsal, que las mujeres tenían "su perdiz fermentada", no solamente para hacer pis, sino para atenuar el espoleo de la naturaleza en la primavera y en las largas noches de invierno. En el seminario, que ingresó a los catorce años, no le quedó más recurso que dedicarse a la química biológica de José R. Carracido, que era muy enterado de por qué se pudre el hombre. Además no le dejaron ingresar con la mucama, como hubieran sido sus deseos.

¿Dónde aprendió a ser hijo de puta Vagagá? ¿Lo preguntáis, lectoras? ¡Simplemente!, en el seminario, porque allí enseñaban el otro camino, el de no serlo. Este primer palanganaza de su rebeldía le denunció que él llevaba un personaje homeopático en su interior, cuyo afán era peinar para arriba a todos los sauces de la moral organizada. Más tarde un viejito impotente, llamado Freud, estudiando el caso de Vagagá, descubrió en calidad de américo vespucio (lo ponemos en minúscula de indignación contra aquel señor que nos dibujó en un plano cuando aún estábamos en pelotas), que ese enano se llamaba sub-conciencia, que es algo así una especie de celestina vitalista, que saliva la

[4] Córdoba, ciudad más allá de Tío Pujio y que Pedro Frías tomó de mingitorio en su gobernación (Nota del Autor).

ensalada a la matrona que pasa en sociedad por conciencia, y que explotando esta martingala hace toda clase de cagadas, para arruinar a esos pigmeos que no pueden sacar la cara, sino cuando se está enfermo, o cuando se es genital. Conviene hacer notar que la colectividad no nota cuando se es loco o cuando se es genio. Casi no es negocio ser genio. (Pasamos el dato).

Vagagá, siguiendo a los maestros del seminario, y en la imposibilidad de poder depravarse como él hubiera deseado de corazón a esa edad, se deglutió todos los textos de biología, porque le aseguraba un cura gordo que se comía los postres como una simple hostia, que para ser filósofo había que empezar por saber lo que era una cédula. (Como carburaba mal el castellano, le llamaba cédula a las células). Estudiando química general, orgánica e inorgánica, descubrió que la semiología humana se defiende y que aunque el hombre no se manosee el badajo de su campana de palo, lo mismo, la naturaleza, defendiéndose, calmaba y serenaba esos espuelines de comisario que le hurgaban sus flamantes filamentos nerviosos, especialmente después de comer abundante, como se come en los seminarios pagos, ¡y bien pagos!

Una tarde durmiendo la siesta, y pensando en una novia de su pueblo, sintió como si fuera pastor de muchas cabras, y que se le disparaban al monte. Su balance fue funesto. El mucamo le contó al padre celador, y el padre celador le prohibió que durmiera más la siesta. Vagagá abrió el ojo sobre todas aquellas inmundicias que le destacaba aquel hombre sucio, vestido con merino, y que no había cumplido aún treinta años. Cabe imaginar cómo estará de sucio, si así empezaba aquel cura, en viaje hacia la vida. Debe haber perfeccionado su mugre. Al menos, al más infeliz de los tinterillos le seduce ascender de escalafón. Con el gustito que Vagagá le tomó a las porquerías y con las comuniones que estaba obligado a hacer por mes, además del álbum pornográfico de otro cura joven, que un día se lo mostró en el confesionario, para ver si conocía un libro con esas mismas tapas, su tournée a la depravación se avecinaba. Pero Montevideo, donde nació Vagagá, le quedaba chico, y salió a dar una vuelta a la manzana. Se fue a Italia. Su propósito fue ingresar a otro seminario, para depravarse más, pero cambió de ruta, se hizo veterinario, empezó por los animales, para después acercarse al hombre en calidad de dentista, y más tarde se recibió de médico. En fin, no se atrevía de golpe a entrar a tratar con la humanidad, por eso de que "piano piano, se va lontano". (Este pensamiento es inédito).

Todo esto le pesó a Vagagá en espacio de siete años. Tenía razón para tomarse en joda la vida. No creía que a él en tan pocas horas pudiera ocurrirle lo que a otros le sucede en casi cuarenta años. Vagagá, laureado en dos universidades antiguas del continente europeo, fundadas en la época de las galeras y los calzoncillos largos, se dio cuenta de la vejez anticipada, cuando todavía no había cumplido veintiún años. Y tiró a la mierda todo este juguete de los cartones y los oropeles, y se peleaba a trompadas con los que decían que tenía talento, que al fin y al cabo fue la única maldición que acarreó toda su vida. Porque el talento es el castigo que Dios da a los que tienen la vanidad de querer

dialogar con su obra eterna e inmutable y porque prematuramente comprendió que para llegar a algo lo primero que había que ocultar era la sabiduría, como si fuera un automóvil robado. O desfigurarlo totalmente.

Morfológicamente, ante esta realidad, le importó tres puñetas, de esas que se hacía en el seminario, del triunfo terrenal. Había sufrido por el solo hecho de haberlo conquistado. Tiró al costado, como el que tira un mazo de barajas, sus cuestiones químicas preliminares. Los principios inmediatos de los organismos. Las células. Las funciones orgánicas. Las teorías de las asociaciones celulares. Se meó y se limpió el culo en un pic-nic, con los apuntes que tenía para escribir un libro, sobre el oxígeno, el carbono, el hidrógeno, el nitrógeno, el azufre, el fósforo, el potasio, el sodio y el no sodio, con el silicio y el flúor. Nuestro personaje rompe así todas sus maneas y grillos. Se arranca las pinturas y los hongos y dice: "¿Qué le he hecho yo a la vida para que ella me cuente sus secretos? Yo no vengo a conocer sus miserias químicas, orgánicas e inorgánicas, sino al cateo de una estrella hasta que me sorprenda la noche. Estas alcahueterías me quitan el tiempo necesario que yo preciso para perderlo, precisamente. Si viven la vaca, los gobernadores y los obispos, ¿por qué no podré yo también hacer mis digestiones sin necesidad de consultar al profesor de la materia?"

Los elementos biogenésicos, decía Vagagá, vienen a ser algo así como el periné. Espacio éste que la lógica no puede explicar debidamente. ¿Qué misión concreta tiene este remanente de tejido en el cuerpo humano, que se pasa la vida entre el escroto y el libertículo rectal?

Vagagá dialogaba como Quevedo y como Rabelais. La existencia es un asunto personal como el dolor de muelas, ¡pertenece al que lo lleva!

Tuviera o no peptonas, la sabiduría de Oscar Rubén Darío era suya. Él no se hacía ilusión de la gente que lo rodeaba. Dialogaba como Santo Tomás de Aquino, para más allá de la tranquera de veinte siglos. Y eso que Santo Tomás no había visto ni el incendio de la casa Drysdale, ni los molinos marca Guanaco.

Vagagá mantiene estupro con todas las cosas de este planeta. Vive en la estratosfera. Y lo angustioso, lo brutalmente amargo para Vagagá, era comprender que en razón directa a la divulgación de los conocimientos de neurología médica, se le limitaba el campo de su profesión de genio. Hoy, Napoleón, si presenta a un dictador de América su programa de la toma de la Bastilla, no pasa de ser un simple caso de remisión policial a Oliva. (Casos de hombres puros que no pueden explicar su verdad).

La medicina, decía Vagagá, está en manos de canallas, o de infelices. Se preguntó un día delante del espejo: ¿Si los médicos conocen las manganetas de la medicina, por qué envejecen y se mueren ellos mismos? Esta pregunta la formuló muchas veces a colegas, porque Vagagá era médico. Uno solo le dijo la verdad. "Mirá, che, Oscar, eso no es nada más que el pan de mis hijos, nada más sagrado que el derecho de vivir a costa de cualquier infamia".

(Precisamente, este médico estaba en la miseria y sus hijos los criaba una cuñada, porque él no tenía ni pan para darles).

Vagagá, filósofo al fin, ya que le era inevitable litigar con las cosas del cosmos, porque él era el otro cosmos que dialogaba con el inorgánico, resolvió su vida, en lo que se refería al pan integral y a su vianda. La otra, la auténtica, la vida metafísica que le ordeñaba todas las sales alcalinotérreas de su alma, la tenía resuelta sin necesidad de albuminoides terrenales. Eso lo sabía muy bien, desde la época del seminario. Fecha aquella en que aún en los golpes precedentes de la puñeta, ya tenía en su cerebro la sobrecarga, por hidrólisis, de toda la urea amarga y salada, de esta verdad, que debiera ser la última, si sus padres, de ignorantes, no se hubieran empeñado en ponerle a la salida del viaje, a manera de espada de Damocles (José María), la crónica de los accidentes de tráfico que sus progenitores, estadísticamente llevaban, por espacio de casi medio siglo de existencia personal.

Pero Vagagá, astuto, y sin fístulas, estrangula como un pollo por una cocinera napolitana, toda su cordura. La conserva para cuando no tenga más erecciones después y antes de las comidas. Y su cerebro, que se inaugura con un franco aspecto de Hospital de sangre, le pone esta etiqueta: "Quilombo", y así salió a la calle.

Sigámosle con la mirada. Va por ahí, por esa vereda, aunque, viéndole caminar, camina como todos...

-¡Hola, Vagagá!... ¿Qué tal?...

-... Aquí me tienes, con una balanitis moral. ¡Iba a debutar! Trabajo de 10 a 12 y de 18 a 20.

-¿Dónde? ¿De qué?

-Hombre, te diré. Entremos a esa lechería de enfrente, cuyo propietario vende cocaína, como antídoto a la baciluria que disfruta y en la cual veranea la juventud de América.

¡Pues muy simplemente! He recorrido varios países con un empresario que me abrió el ojo. Sólo se trata de dejárselo abrir. No olvides que a tu madre se lo abrió tu padre. De ahí surges tú. A tu hermana, su esposo; a los pederastas, los chicos, etc., etc.: a los estadistas, muchas veces, su ayuda de cámara, que son informados de la vida institucional de los pueblos. En suma, yo, antes de ganarme la vida honradamente, de esta manera, estaba aquejado de todas las bacteriotoxinas de la cultura. Pero ya he vuelto de nuevo al Padre nuestro. Mi masoquismo presente radica en hacerme putear. ¿Qué otra cosa podría deleitarme tanto?... Harto de dar mi uretra a la vagina desconocida, durante más de veinte años, he resuelto conservar mi riñón para orinar, exclusivamente.

-¡Cuéntame! ¡Cuéntame!, que tú fuiste un hombre genial desde la infancia.

-... ¡Sí! ¿Te acuerdas, cuando yo le pegué a aquel compañero de seminario, que actualmente es coronel del ejército, porque me violaba aquella diminuta peticita en la cual paseábamos todos los veranos? Bueno, ése es mi

empresario. El pobre se vio obligado a abandonar su dominó. No tenía pasta para asesinar alevosamente a nadie. Él era militar porque a su novia le gustaban los uniformes. Por eso son tan afortunados los agentes de policía –con las mucamas-. No olvides que en cada mucama hay una matrona en potencia. Por ahí empezaron todas las matronas.

¡Bien! No me quedaba otro camino que la locura, como única manera de ganarme la vida. Sarmiento también tuvo el pobre que rebuscarse dolorosamente la presidencia, dentro de esta especialidad, que andando, ha caído en disminución, porque está demasiado manoseada por unos tilingos que se llaman rumbosamente neurólogos.

Fisiológicamente diferenciadas, casi no se nota. En el único punto que uno advierte la otra, la locura sin reglamento, es en que el poseedor puede echarte tinta en la ropa o romperte la cristalería. Por lo demás, ambas se parecen. N hay un solo trastorno motriz. Como que te diré confidencialmente. El loco encerrado es el único privilegiado de Dios. ¡Es su protegido! Dios lo llama para hablarle todos los días. La abolición de reflejos es hasta saludable. Cuanto más reflejos, más sensible. De manera que cuando por una paraplejia uno ha cancelado, con todos los resortes, ya queda libre del tráfico. Ya pasa la etapa sin fecha. ¡Ya está salvado! ¡Ahora dialoga con Dios!

Hablaremos de los que aún tenemos fecha, como punto de referencia. ¡Esquematizando!

Te acordarás, tú, que has perdido el tiempo en muchas imbecilidades como la política y la historia, que la historia habla de Erostrato, aquel hijo de puta que por una ambición con megáfono quemó el templo de Diana, considerado como una maravilla, 357 años antes que aquel hombre bueno, santo y solo contra todos, debutara en el Gólgota.

¿Ese incendio lo hizo para limpiar el tráfico, como se podría hacer en la actualidad con los parlamentos?... ¡No! ¡Quería pasar a la historia! ¡Y pasó!, no así el arquitecto que lo amasó y lo mostró al mundo. Y al fin y al cabo, tenía razón. ¿El hombre de genio no es, también, otro hijo de puta que se eleva para humillar a los otros hombres que, desventurados, no tuvieron la suerte de poder desprenderse de las cosas que amaban?

Es hora que esas tribus de “hombres superiores” sean barridas por la ametralladora. Sobre la tierra no deben quedar más que los hombres que se parezcan a otros hombres.

El arte es un revulsivo que le pasan a las colectividades burguesas, para que les pique el ojete y salgan de casa. El arte es una canallada tan vil como la de matar. El arte está en la naturaleza. Copiarla significa embetunarla, orinarla, cagarla, estrangularla y perturbarla. ¿Qué alivio puede introducir un hombre de suburbio que se llama artista? ¡Si el hambre deja rastro en la pluma como en los pinceles! ¡Y los que tienen comida, esos no serán artistas nunca! Entonces, tú, que me sabes ahora música, he de decirte que viví desesperado hasta encontrar el algodón empapado en la novocaína espiritual.

Necesitaba hacerme una topicación que me llegara hasta las glándulas supra-renales, y ese tópico fue vivir de todo, menos de lo que sabía. No debía, en nombre de mi gran cultura, vivir de ella si era de verdad un hombre. ¡Debía vivir como hombre! Por eso trabajo de esto, de HOMBRE QUE SE ARRANCA LOS PELOS DE SUS VERIJAS. Me paso la vida depilándome la ingle. Sólo así podré demostrar al género humano que si yo hago esto, que me duele, porque cada pelo que me arranco me produce el sudor que le producía a Cautelar cada vez que hablaba en las Cortes, ¿qué carajo puede importarme esta gente que me rodea?

SOY EL ALBAÑIL DE MI PROPIA DERROTA

Casi cuatrocientos años antes del único símbolo que venero, porque me seduce con la intensidad que seducen los templos irrebatibles de la verdad, ya la "gente" se permitía el lujo de aconsejar a los enfermos, que al efecto eran transportados a las calles, como en la actualidad lo son los cajones de basura. Sabrás que un hombre enfermo es un cajón que guarda cuidadosamente gonos y demás gérmenes.

Bien. Por allí pasaban los literatos, que fue una peste que viene desde muy atrás, y garbosos como cualquier cronista de "La Nación" o "La Prensa", meaban sus consejos. Aconsejar viene a ser así como mear las palabras. Con cierta facilidad. Excepto los casos de cistitis. A mí me aconsejaban mucho y los canallas que me aconsejaban lo hacían especulando para que ellos se pudieran acercar a mí y robarme, como cuando se roba naranjas al verdulero, todos mis exquisitos desoves. De ahí parte la época en que yo me untaba con mierda, para que no se me acercara nadie, y cuando ellos no se acercaban a mí, yo iba hacia ellos. Los castigaba con mis argumentos. Porque mis argumentos eran tristemente ciertos. Yo mismo habría sido un gran humorista si pudiera reírme de mí. Pero qué pasa, que soy una mentira para la eternidad, pero una mentira de carne y hueso, como los mismos hombres de los cuales yo me reía, y de los otros, que no podía reírme, porque sufrían como yo su angustioso destino de comprender y maltratar su cuerpo en el cateo de la vianda. Y si mi destino había sido el de nacer hombre, tenía que hacerme cargo de los dos testículos que la naturaleza había puesto en mí, casi una cuarta más abajo del ombligo.

¿Qué camino había que abrazar?, me preguntaba a cada instante, ¡Vagagá!, me decía, ¡te quedan dos!

Triunfar en vida, amargando la vida y sacándole las amígdalas a tus propios hermanos, o triunfar después de muerto, aunque te saquen las amígdalas a ti. Mucho trabajo me costó orientarme. Me dispuse el camino, en una domada de potros. Qué singular cátedra son los potreros. ¡En ellos se aprende lo que no se aprende nunca en las escuelas! Habían tomado el potro y le ponen recado. Apenas lo suben, el humano caballo larga dos pedos al aire, y conjuntamente al jinete, como quien tira mierda al río. Para aquel simpático alazán, los cueros limitaban ese afán de libertad que Dios ha dado a los hombres y las bestias. Pudiera ser que andando se amansara, pero su primer instinto era la libertad. No había lugar a dudas. Yo tenía que ser libre, como los volcanes, como las tormentas, como las cataratas, como el sol y como el agua. Mi alma quedó como el potro. Hasta aseguro que la acarreo. Yo tengo una maravillosa alma de caballo. Lloro por un caballo golpeado, como si golpearan las espaldas de la madre que me parió y me llevó nueve meses en su vientre. Yo hablo con los caballos, con las vacas y con los perros. Ellos me cuentan todo desde su cárcel

de células y con sus ojos húmedos. Yo he litigado con ellos de nuestro viaje, condensado en distinto equipo de músculos. Los caballos me comprenden como no me comprendieron nunca esos amigos y corifeas que me ordeñaron mi bolsillo y mi riñón.

Cuántas veces, como quien lo hace distraído, me he acercado a esos caballos de los carros de panaderos y lecheros en las ciudades. Tengo mayor deleite en explicarles mi fatiga que a los escritores de oficio. Los caballos me esperan. Yo sé que en el cielo me acogerán todos los equinos de la planta urbana a los que traté. Eso me apena un poco, porque también traté a Pedro Frías, que fue un caballo con pantalones, que decían que gobernaba a Córdoba.

Este trabajo de arrancarme los pelos es poco estético, pero a mí me hace gozar infinitamente. La voluntad sólo es la conquista del descanso y la tranquilidad, después de la fatiga. No hay descanso como no sea a base de fatigarse. Los serranos, que son mucho más astutos que Constancio Vigil, cuando se cansa una mula la castigan con piedras y después se las sacan de golpe. Y la mula se cree así liberada de la carga y camina, filosófica como toda mula. Me arranco un pelo cada cinco minutos. Y mientras instruyo al público. Que cada pelo del "monte de Venus" puede sostener el peso de un cuarto de libra. De ahí que las ataduras que hacen por intermedio de la verija los amantes, sea más sólida que la que hacen las palabras de caballeros. A través de esas alcahueterías añejas que se llaman historia se ha podido establecer que en todos los reinados, para hacerlos más sólidos, la dinastía se ataba por los pelos de esta parte, que conocen mucho los médicos parteros y los enfermeros de las salas de cirugía, cuando tienen que afeitarlos para la operación de bubones, etc.

Muchos de los asistentes se indignan y vociferan, pero mi empresario, que ya se ha puesto práctico en escándalos, como si fuera un concejal por la minoría, los aparta, y soto voce, les dice a los protestadotes:

-¡Tranquilícese, señor! Usted tiene razón, pero este señor también la tiene. Además, si él se pasa su existencia en eso y eso que hace le duele a él y no a uestes, ¿qué puñetas puede importarle su juicio científico de la moral contemporánea? Además, si usted se gana la vida con sus infamias, déjelo a ese señor que ejecute su destino. Que él nació para eso, para arrancarse sus propios pelos.

El oyente se va, aunque tenga un vago presentimiento que de esta manera le han introducido una enema con vidrios y carozos, pero con glicerina perfumada. Debo decirte que se va, pero ya ha pagado la entrada.

Muchos asistentes han querido hacer lo mismo. ¿Pero qué ocurría? Que carecían de verijas, o de pocos pelos en ellas. O a veces en exceso. Que también es un inconveniente, porque resulta que tenía pelos para más de noventa años. Y no deja de ser una broma tener tanto tiempo por delante y no verle el fin. Porque yo me he arrancado los pelos calculando que tengo tarea para unos veinte años más. Fecha en que ya estaré pastando con los caballos para descansar esta tarea.

En suma, que como armazón de mis ilusiones no me diferencio nada de la burguesía. Que ellos también trabajan para descansar. ¡La única diferencia que tengo con ellos, es que a mí me duele arrancarme los pelos! Pero es conveniente que no se lo digas a nadie. ¡Vendría más gente! No a participar del drama que significa depilarse en público. Vendrían a gozarme. ¡Y ahora me toca gozarme yo mismo!

VERDUGO DE MI DIGNIDAD

Tú, querido amigo de la infancia, preguntas por qué tengo este gusto, que me hace daño a mi dignidad.

Si Cervantes no hubiera estado en una perrera con otros piojosos como él, habríale faltado el material parea su obra. El equilibrio de los planetas es a base de desequilibrios. No en balde Chamberlain asegura que esto apenas es un planeta desnutrido con respecto al sol y los otros siete, fabulosas bolas que tienen adentro hombres con muchas bolas a la vez. Todos ellos sólo son en el sistema planetario cuerpos necesariamente divididos, porque sólo así puede equilibrarse la maravillosa equidad de las leyes físicas. La pureza de mi alma sólo puedo denotarla en razón al estiércol que mi alma vuelque andando. De lo contrario será un alma con toda esa caca adentro.

¿Tú dirás que es malabarismo? Es que aparte del reuma no queda otra cosa real que esta. Aparentemente, por mi tarea de arrancarme los pelos de la verija mi normalidad es totalmente inverificable, pero excursionando el abotagamiento de sensateces que hay en todas mis insensateces, comprenderás cómo dentro de mi ser se manufactura una hipótesis cierta, que es la única verdad que podemos usufructuarle a la vida.

Los únicos testigos que pueden dar tranquilidad a nuestro cerebro no traen más papeles que las hipótesis. Comprenderás entonces por qué tú no comprendes cosas que no está facultado nadie para comprenderlas. Si la verdad metafísica fuera apropiable, no habría faltado algún profesor servil de la materia que la habría puesto al servicio de un partido político o un dictador. Todos los catedráticos, desde Kant, tienen pasta para mascar medias. ¡De eso viven!

Entre las pocas cosas reales, sólo quedan a tu alcance el alcohol y el dolor. Los únicos dos alcaloides de significación social. En el alcohol viven los que han llegado. En el dolor vivimos los que tenemos que llegar.

Si geométricamente está probado que la verdad sólo la poseemos aquellos sujetos que por intermedio de la experimentación demostramos a los ojos públicos que somos capaces de emprender la tarea de buscarla inclusive en la enredada madeja de la patología, ¿por qué mis amigos no transan con la conciencia que pongo en esta inconciencia de ganarme la vida así?...

Descontentos con los gringos, con el superrealismo, con el clasicismo y con todos los ismos que representan núcleos desparramados, yo no me engaño con mi conducta.

Tú me dirás que los hombres se sienten afectados. Que ellos no están de acuerdo. Que yo les arrebato el encanto de los juguetes que ellos han elegido para ellos. Que mi sueño de liberarlos es un semisueño que no se podrá

financiar. Que están demasiado frígidas las fibras delicadas que yo quiero movilizar. Que todos están descontentos y que esto no se resuelve.

Si así opinaras, tú también eres un hijo de puta. Y te voy a dar mis razones. Ser hijo de puta no constituye ignorar quién lo anotó en el Registro Civil. Que hay muchos anotados por el que debiera ser su padre y lo era ante la sociedad. Yo le llamo hijo de puta a los que viajan con electrones de la eternidad y no son guiados y anotados debidamente por la estadística de control que llevan sus neuronas. La psicología contemporánea supone que ser hijo de puta significa desconocer la casa de pensión, departamento u hotelito en que se acostaron juntos los progenitores que lo emitieron al mundo entre beso y beso con lengua. ¡No! Para nosotros los aprendices de filósofos a la violeta, como Doll y otros, llamamos hijos de puta a todos los entes que transportan células y gases no unidos con la eternidad. O sea seres que toman el ómnibus y votan pero que están esclavizados a ser hongos y basuras, virulitas, etc., sin que puedan nunca llegarse a nuclear con la levadura integral de ninguno de los planetas vacantes. Algo así como ese resquecho de masa que queda en las bateas en las cuales se amasa pan casero. Para hacerte más viable la metáfora. Como esas borras alcalinas que juntan en los prepucios los mortales que se desgranan, pero muy esporádicamente, a mano, la dura prosa de la realidad. (Contienen gérmenes ácidos resistentes y que tienen bastante analogía al bacilo de Koch).

El destino del pensador es pensar de qué manera puede emplear el tiempo en cosas que le hagan pensar lo menos posible. Como el destino del perro es ser un perro. Como el destino de los cerdos es ser cerdos. Si el pensador pudiera descansar su cabeza como el cerdo y los hombres gordos, a esta fecha estaría en embutidos.

La armonía y el ritmo de una cabeza se establece en la posibilidad que tenga para descompensar la angustia de meditaciones serias. Y el reverso de las meditaciones serias debe, fatalmente, ensuciarla con cosas en joda. Lo serio debe ser de la periferia vitalicia del interior de las almas. ¡Por eso ningún hombre serio de verdad escribió nunca! Al hombre serio le basta y le sobra con vivir el drama en cuatro actos de su seriedad. Jugar al escondite con las neuronas, escabullirse en el armario de la conciencia y decirle a la subconciencia, ¿a que no me encuentras?..., hasta que la conciencia grita, como cuando jugábamos con los chicos del barrio. ¡Piedra libre para la subconciencia, que está escondida detrás de su propio estilo!

Humor, rencor, rubor, estupor, todas son fuentes del descontento de un espíritu, que dan agua a la fantasía y a la psiquis.

Absurdos cotidianos, que se trasladan en todos los medios de movilidad, inclusive la bicicleta. Formas de ganarse el sudor de cada día con el pan de tu frente. Altas y pequeñas mareas que no se pueden anotar ni en la libreta del carnicero, porque son tan vulgares como esas anotaciones que hacen las amas de casa, donde toda su luna de miel va a parar en la manganeta que pueda hacerle en veinte o treinta centavos a ese pobre hombre que para ganarse la vida tiene que matar a una vaca cada día. A lo mejor la vaca le ha dado leche

para sus hijos. Que entre hijos de puta, el carnicero viene a ser algo así como el comandante de guardia.

La raíz de lo cómico está en el estilo que el hombre emplea para vivir. Yo conocí en parís un hombre que se ganaba la vida exhibiendo las pelotas. Una vez entraron varios turistas argentinos a reírse, y él se bajó del tinglado y a uno lo desnucó de una trompada. Los otros dispararon. ¡Cómo disparan todos los jóvenes!

¿Qué viviendo de una manera distinta, el hombre es menos hombre?... ¡Ah! Tú también, cuákero de este far-west de pistoleros con suerte y de pistoleros sin suerte, entre los cuales entran los abogados. (Léase abogados del foro cordobés). ¿No estás conmigo? ¿No se ganan la vida como andrajos esos hachadores del Chaco Boreal que parecen hilachas con las cuales se podría hacer un problema humano? ¿No se ganan la vida en los lenocinios esas mujeres que cada una pueden ser hasta nuestras madres, si tuviéramos el valor de reconocerlas en los quilombos?... Yo conozco la madre de un médico que le cursó sus estudios con la plata que hizo en este mercado de uretras. Cuando el canalla descubrió la verdad y qué era lo que hacía, se suicidó, en vez de venerarla como madre. ¡Si habrá sido pura aquella mujer, que adorándole como le adoraba, no dubitó en ganarse la vida como dueña de un quilombo! ¡Así los hombres! Por eso yo a los hombres que no piensan conmigo les doy el estiércol –en el prólogo y en la dedicatoria-, y a los hombres que piensan conmigo, a esos no necesito decirles nada. Cuando los hombres nos comprendemos nos tenemos el profundo miedo que se tiene a otro hombre al que se persigue por el arrojo manso de su triste mirada de león en una jaula del jardín zoológico o en un circo de pueblo.

¿Mi tesis no se hará un sistema?...

Todos los sistemas se inician raquíticamente. Empiezan en una sola cabeza. Así demolió Jesús de Nazareth a todo el imperio romano, que tenía muchos hierros y herramientas para matar. Así demolió Marx la farándula de títeres disfrazados de príncipes rusos. Así demolió otro judío que se llama Einstein, y así empieza a demoler este hombre que conversa contigo, que se llama Vagagá, y que siendo cristiano, sigue siendo judío, y que venera religiosamente los judíos porque es la única biología no desintegrada por el escarnio, por la persecución, por el hambre y la soledad.

Solamente así, semita cristianado, he podido amontonar tantas estrellas. ¡Esta noche te las mostraré! Yo salgo a recontarlas casi todas las noches de luna.

Tú, que eres comprensivo, te diré. Las estrellas son las monedas que juntó Jesús cuando recorría Cafarnaum. Cuando le rompían los bolsillos, las tiró para arriba y se quedaron pegadas en el techo. Por esas monedas, un grupo ambicioso de materialistas de nubes hacemos todo esto.

El cielo es nuestro bolsillo que lo zurcen los rayos, cuando se rompe en alguna punta. Bolsillo macabro si tú quieres. Bolsillo antisocial.

Bolsillo que lleva el pantalón de los que hacen el viaje sin retorno. Pero mucho más duradero que esos que hacen los sastres por mensualidades.

De ese género se hizo la sotana de Tomasito Kempis (actualmente finado).

VEJIGAS DE LATA Y ENLOZADAS

-¡Quedate otro ratito! ¡No te vayas!

¿No te interesaste por mi vida? ¡Ahora jodete! ¡ó yeme! ¡Orinate! ¡Pero, escúchame!

Además, no podrías irte. Irse no es alejarse. Sino trasladar una envoltura, con la cual se va secretamente el ano, como si fuera un empleado de investigaciones, cuya misión es mirar. Como esos que espían a los agitadores sociales.

Pero quedará conmigo tu interés por seguirme. Yo soy quien te tengo prisionero. ¡Tú dependes de mí! No ves que soy una cosa poco común y pertenezco a algún batallón en el cual tú no estás enrolado. Tú no puedes irte de mí. Yo te detendré hasta que tú vengas a ponerte a mis órdenes, con tu ano inclusive. Hasta ese entonces guardo tu espíritu. Además en esta lechería no nos molesta nadie. Los policías nunca buscan en las lecherías a los hombres peligrosos como yo. Es tanta la imaginación de esta clase de reptiles, que olvidan que precisamente nuestro peligro está en el exceso de ternura que amamanta a todo agitador y a todo anarquista. Además, matar... ¿para qué? ¡No tienen ellos la culpa! Sólo son la resultante de un engaño. Los han traído sin decirles a qué venían. ¡El hombre es bueno! ¡Lo han parido bueno! Se hace miserable para ganarse la vida. Cuando ya se la ha ganado, vuelve de nuevo a la bondad ingénita de su alma. Dios no pone a las criaturas barnizadas de mierda. La mierda la recogen en las oficinas, en las fábricas, en las universidades, en los cuarteles, en los salones y en las lecherías.

Yo como envase no soy peligroso. ¡Son mis ideas!, porque mis ideas son auténticas. Un hombre; apenas si son noventa kilos frente a la báscula. ¡Su tenebrosidad está en el amor que le tenga a ellas! ¡En eso sí! La música, la escultura, el dominio de las armas, la idoneidad militar, mi idoneidad científica, mi calidad de bacteriólogo, mi arraigada fe en mí mismo, han hecho de Vagagá un peligroso que calza 44. Y el otro peligro está en que todas estas cosas las digo que parecen jugando, como ese hermanito que dijo "me tiro al pozo", ¡y se tiró de veras!

Esta paramimia no la conocen los de las guardias secretas. De ella se sirvieron los artistas y los cínicos. Al fin y al cabo el arte no es nada más que un estado parcelario de la anormalidad, a expensas del dominio.

Y el cinismo, las tinturas con que se enlodan los viejos para engañar a las amantes, a la naturaleza y al jefe de la oficina donde el infeliz trabaja.

Entre el sueño ordenado que manejan a su antojo los peatones y el sueño sin reglamento que manejamos los profetas, hay un espacio tan corto como el espacio que le quedaba a Don Juan Tenorio, antes y después del coito. Yo me imagino lo aburrido que habrá salido don Juan (el menor de los hermanos) después que enterraba la batata a la marquesa o a la chicuela del

orfanato. Porque, aunque no parezca, la batata se la tragan hasta las marquesas y los marquesos. Y si a don Juan (finado también) le pasaba lo que me pasa a mí cada vez que tenía que debutar en una alcoba, no me parece que haya vivido muy divertido.

-... ¿Y qué te pasó a ti?...

-Simplemente, que hasta ahora no me he encontrado con una "mesalina" que se día de la cita estrenara faja. Todas las fajas que yo he visto, en circunstancias análogas, o las han escondido bajo el vestido o estaban en un calamitoso estado de higiene. Porque parece que esta prenda, que debiera cambiarse como un mantel a cada plato, las mujeres (inclusive las de buena familia) se las cambian cada seis meses.

Supongo que tú, como burgués, tendrás la vejiga de lata que prescribe monseñor Nhhhaaapal.

... ...

-¡Es una especie de salario mínimo para la vejiga! Con el cual las niñas de trece años para arriba pueden usarla, pero únicamente para hacer pis. De acuerdo al Nuevo Testamento. Ahora tratándose del Viejo testamento, según la iglesia, puede usarla inclusive para irrigar la placenta en los partos.

Causa de fondo que le permita a la iglesia reformar la obra de Dios, parece que no hay ninguna aparente, pero esto lo hacen para quedar bien con la ley palacios. Una ley que deletreó un señor que era senador y tenía un sombrero grande bajo el cual guardaba unos cuatro pelos locos. Era un sombrero que se había ido en jugo prostático.

Pensándolo bien, esto de las vejigas de lata no deja de ser sumamente cómodo para los viajantes y para los esposos. Especialmente en la primavera.

No pudiendo el clero modificar la primavera con una bula, le ha buscado la vuelta a la vejiga.

El Papa, perezoso como todo hombre de carne y hueso, que ha llegado a mucho, pudo haber suprimido la vejiga de raíz. Así como ha tenido la admirable precaución de adobarnos un congreso eucarístico, al menudeo, en estos países bárbaros, donde hay muchos ciudadanos que creen en Dios porque solamente por el traumatismo de un milagro han podido llegar hasta las posiciones que ocupan. Porque si la Argentina, en vez de ser un vellón de lana con abrojos, fuera un montón de hombres que ayuna de veras, el congreso eucarístico lo habrían ensayado y clausurado en una casa de pensión.

Y todos estos curas que menstrúan latines y que aplican la manga no habrían efectuado el repugnante incesto con la sencilla y sufrifa imagen de aquel jornalero que desde la tea clama por un sustituto que camine hasta él, lleno del vicio adulto de embriagarse con el tema de las almas.

La sensibilidad tiene una base orgánica, como las lágrimas. No hay doctrina que pueda ser humanamente rechazable mientras esta doctrina la

sustente un hombre que su normalidad está probada en la falta de vocación de romper plantas y limpiarse el culo con los dedos. El amor es el furgón de cola, conectado a una vida que le arrastra por todas las estaciones de su existencia. No hay meditaciones irreales cuando ellas se ponen en juego para salvar al hombre.

Sólo puede ser sospechado de desequilibrado quien pretende salvar todas las formas humanas. ¡Pero tranquilicémonos un poco!, como si habláramos de un mecanismo que aparentemente no nos pertenece.

¿Se te ha ocurrido a ti considerar el error que significa el goce? Tan es efímero, que hasta los millonarios no pueden prolongar sus espasmos genésicos (por cualquier vía), más que los segundos reglamentados por la naturaleza. Si eso se pudiera dilatar a volontiere, se volvería loco y tristemente loco de veras. (El caso de los aquejados de espermatorrea, que darían un brazo para no eyacular nunca más).

Inversamente a lo que piensan los burgueses y los aspirantes, la vida es un día de trabajo. Y este día hay que vivirlo sin alcaloides ni amistades. Ya que la amistad es el té de tilo en el orden de los alcaloides. El hombre ha sido puesto para estar solo. Para desenvolverse solo. Para definirse solo. ¡Y para combatir ásperamente solo!

¿Y combatir por quién, si su misión es estar solo?...

Precisamente, para que no se lo agradezca nadie. Cuando se llega a este fakirismo yogui, de haberse entregado textualmente, entonces recién el hombre se ha salvado.

Y aunque esto sea grave y peligroso, es el único tatetí que le queda al hombre. Salvo que tú trabajes para darle pasto al caballo de bronce, sobre cuyo lomo se pasa, completamente escaldado, desde hace más de veinte años, el general don Aristóbulo José de San Martín.

Mi erotismo está en pensar, y lo hago con tanta largueza, que hasta he encontrado en mi nueva república la forma de extirpar la inmoralidad. Sobre todo suprimiré muchas crónicas rojas, de las cuales viven los ciudadanos sedientos de sangre y pus (los jueces).

NUEVO EDIFICIO PARA TERMINAR CON LA INMORALIDAD

¡Todo cuanto toca la mente humana caga fuego!

El hombre ya ha perdido su esencia. Su obra de hombre la verificaba mientras él afirmaba el sendero esotérico. Es decir, cuando él trabajaba para otros. Hoy trabaja para él. Por eso es tan breve la verdad que construye.

Para mí, Oscar Rubén Darío Vagagá, a quien un siglo apenas si son cuarenta minutos del honorario de Justo (Presidente más bien bajo y gordo), me interesa una verdad edilicia más duradera. Una verdad que mañana no cause repugnancia, como me causan las verdades de ayer. Una verdad cuyos ejecutadotes sean fakires como las maestras santiagueñas. Es decir, que los constructores de ellas no esperen sus frutos.

Mi verdad moral es definitiva...

-...

-¡Aquí están los planos! Como tú verás, los dormitorios de los matrimonios están en el segundo piso. En el primer piso no hay ninguna puerta. Porque las comprobaciones de la infidelidad de las esposas ocurren sencillamente por la puerta. Tú entras, y encuentras a tu esposa que está en la cama con el panadero o el boticario (según el turno). No es ella la que tiene la culpa. La que tiene la culpa es la puerta. Con sacar la puerta, te ahorras el disgusto. Y así seguirás pensando de ella como cuando eras novio. (Todos los novios piensan que sus novias no hacen pis, o, en el mejor de los casos, lo hacen por medio de tubos esterilizados en la farmacia Franco Inglesa).

Para subir a tu dormitorio, te asomas al aparato de televisión. Tu esposa, que en ese instante está en posición ginecológica, nota que eres tú, y trata de que por el ascensor del fondo baje el colega que le cureteaba las flores blancas en el jardín de invierno. En tanto que tú vas subiendo por el ascensor que da a la calle. Es decir, el del patrón. Entrarás majestuosamente, como pasean todos los cornelios a sus mujeres, le darás un beso, y ella (cínicamente) te dirá: ¡Pensaba en ti! En fin, te pagará con la misma moneda con que tú le pagas a tu amigo. ¡Te meterá los cuernos!

... ...

-Pero eso fomentará ampliamente la inmoralidad...

-¡No! ¡Absolutamente no! La moral existe hasta tanto tú no compruebes lo contrario. Y como se te hará difícil la comprobación, estarás tranquilo. Así yo he tratado muchos canallas, a quienes les conocía un desgaste excesivo entre el impulsor y la caja, y que ellos mismos se creían morales, si yo no hubiera estado documentado de lo contrario.

-¿Pero crees que la Municipalidad autorizará tu edificio?...

-¿No autoriza las boats?... ¡Que son prostíbulos entre los que tercian la cloaca y la elite! A toda obra indigna, con ponerle alguna palabra fonética, que le sirva de cojinete a bolita, rueda con toda normalidad. Las ciudades tienen obstruidos el escape y las antenas anímicas. Viven para hacer gozar los agujeros. Con los perfumes, los agujeros de la nariz; con la música, los agujeros de los oídos; con las conferencias, el agujero de la boca; con las exposiciones de cuadros, los agujeros de los ojos; con los copetines, los agujeritos de la porosidad renal; con la luna de miel, los agujeros de la otra alma del bajo vientre; con las vitaminas de regreso, el agujero del escape. Incorrecto agujero este último, que distribuye sus secretos que van a parar a Berazategui. Siquiera se tratara del agujero del himeneo (casi ojal de lazo), que se entrega a expensas del Registro Civil mediante un cortejo, por lo menos de tres meses.

A la cordura ciudadana se le ha roto la correa del ventilador que le refrigeraba su intimidad. Sufre un recalentamiento porque no ha vigilado su bomba de agua. De la impostergable agua limpia, a cuyo paso los bujes continúan funcionando.

Puede ser que mi edificio señale a los hombres que no deben buscar las vaginas del huerto del vecino, porque mi arquitectura, como los limones, limpia las manos, pero arden cuando se tienen lastimaduras abiertas.

LA PERMUTA DE VAGAGÁ CON LA NORMALIDAD

Escéptico de la cultura, ya que por el trauma de los institutos, la humanidad se ha ido alejando cada día más de los postulados pastoriles, me pareció un gran disparate que me consideraran aspirante a diputado por el distrito de "los verduleros genoveses" o cosa parecida. Vi que los médicos hablaban de pedagogía. Los rufianes, del ritmo de la economía. Los lustrabotas, de la literatura en la filosofía jurídica; los gobernantes, de cómo ganarse la vida tirando las cartas; las mujeres, haciendo el papel de hombres; los hombres, haciendo el papel de mujeres en la calle y en la cama, y me pareció dique yo tenía el camino abierto. Me ganaría la vida como insensato. Como neurópata precoz. Es decir, como alienado con cierto privilegio. Como se dice a los niños que le pegan una patada a los perros o le sacan los ojos a una paloma, "es un chico precoz".

¿Y qué de extravagante podían tener mis métodos, si todos desempeñan precisamente el papel que ambicionan en lo íntimo de su ignorancia? ¡La humanidad se gana la vida de aquello que quisiera ser! Yo hubiera querido ser limpiacloacas, o encargado de abrir la compuerta de un dique. En el primer empleo, para ver a qué quedaba reducida la civilización. ¡A digestiones fabulosas! En el segundo conchabo, para inundar una población y echarle un vistazo a todos los terratenientes de la zona antes de irme a dormir, para comprobar si habían muerto del todo, a los efectos de largarles más agua, si todavía estaban en agonía.

Ninguno de estos dos oficios he podido alcanzar. Carezco de condiciones personales. Me faltan méritos. Tengo un alma inadecuada. Cargada asquerosamente de civilización.

Medita esta noche sobre el regocijo de matar. Con contemplar el panorama del Chaco, basta y sobra, sin acudir a los hombres remendados de la guerra y a los cuales, para restaurarles el bigote, han tenido que zurcirle el labio, tejido de algún labio grueso de alguna polaca, etc., etc.

Dice Adolfo Ferriere, al tratar la escuela activa, que "los niños que mejor sirven a la sociedad son aquellos cuya individualidad infantil no encaja en las asignaturas". Ya ves, me da la razón este buen señor Adolfo, a quien tú no conoces, y creo que no lo conoce nadie. Un hombre que está de acuerdo conmigo, sin conocerme ni siquiera de vista.

Mi embriaguez por sobresalir es inelegante. Yo lo comprendo, ¿pero Napoleón no fue, acaso, también, en definitiva, el genio del mal? Porque puedo asegurarte que si está en el cielo debe estar juntando orina y con la vejiga al reventar. Un plebiscito de almas inocentes habráse opuesto a que este matador anestesiado en su vanidad tenga una platea ring-side.

Los que me contemplan, se equivocan. Yo también me equivoco de ellos, ¿o creerás que esta gente que entra y paga un peso por la entrada, en los días que en mis debuts yo me arranco los pelos de la verija, que

ellos deben conocer por tan efímero precio mi fórmula leucocitaria? Además, ¿qué cosa nueva podría contarle al público? que en esta transitoria existencia sólo se trata de cuerpos que están calientes y cuerpos que están fríos. Fríos, los que viven en la eternidad. Y calientes, los que se despiertan por dice horas a actuar bajo la liz del día, en este sueño con hipódromos, tráfico, agentes en las esquinas y un deficiente régimen carcelario. Podría decirles, de aguinaldo, que no se acostumbren mucho a la planta urbana, porque esto es pasajero, como la vigorosidad sexual. Que conviene tomarle asco, porque hay antecedentes de la muerte de Bartolomé Mitre, y eso que era una persona vinculada a "La Prensa" y otra prensa de trocha angosta. (Todo lo dijo Pascal y Pestalozzi, pedagogo que tenía un juego de porcelanas). Que conviene no olvidar que a mí me han parido después de Víctor Hugo, y que yo no soy culpable que la cátedra de medicina legal la desempeñe Juan Moreyra Gregorio Berman. Que apenas si soy un parásito que descuartiza sus minutos en el interrogatorio absurdo de su sensibilidad no financiable en el mercado. Que mis prestigios fincan en el desprestigio que especulativamente he grabado, porque sentí vergüenza de regirme por un código que no concordara con la libertad de mi temperamento y porque quiero darle material a todos esos infelices a los cuales explicándoles mi impudor desatarán sus iras porque yo les deletreo la anatomía de sus inmundicias. Y porque me cago en el ápice a las bases en todos los eticistas que, por diversos caminos, han graduado la fisonomía de una colectividad donde triunfan los locos morales, los imbéciles, los alcoholistas, los débiles mentales, los epilépticos, los histéricos, los cínicos con smoking, los otros que lo son pero con traje de calle, los específicos (con y sin estampillas), los que tienen relaciones con sus hermanas, los que tienen relaciones con sus viudas, los que tienen relaciones con las hijas, los que escriben, los que son laureados en los juegos florales y en los juegos a las bochas, los que tienen teorías propias y los que se apropian de otras teorías, los infra-hombres y los uff-hombres, los que tienen instintos perversos y los otros (desventurados) que no tienen ni eso. ¡Explicarles todo esto por un peso, es poca cosa! Yo hago esto porque es el sulfato de soda de mi cerebro. No hay derecho aún a costas de cargar con el rótulo de inquilino de la patología moral, a que yo sea víctima de los periodistas, de las escleróticas que me piden dedicatorias, de los lactantes de las letras y de toda esa cáfila de vulgares que se desglosan de la línea normal para tener veleidades de ser contertulios de los anormales. Qué culpa tengo yo que Dios, misericordioso, me haya hecho vehículo (casi carrito de la mosca) del talento que me propongo desprestigiar. El saldo de conciencia quiero conservarlo para dialogar nuevamente (como al principio), con Oscar Wilde o Anatole France, que estarán aburridos como un monolito en la eternidad, molestos con el deseo de tanto fabricante de embutidos que le ha ido bien en la tierra.

Además, importa poco que funcione de superhombre, o de neurópata. La mayoría no entiende el renglón. Está muy ocupada en el complejo problema de las carreras o de los pies de Primo Carnero (filósofo griego, que

tiene una pata, a la cual, para forrarla con cueros, tienen que hacerle un botín que parece un bidet, c/u).

LA VUELTA A LA HOJA DE PARRA

Y si en puridad, con un catolicismo sistematizado, has podido perfeccionarte, hasta dar la sensación real de una paranoia, y agrupar otros descontentos culturales, ¿por qué escribes?

.....

¡Con el único fin de desprestigiar las letras!

Y esto no sería una blasfemia venial. Lo peligroso de este movimiento de destrucción está en que aconsejo a cuanto bicho viviente existe y conoce el segundo grado, que escriba, en los diarios, en las revistas científicas, en los grandes rotativos, en los chicos rotativos, que haga versos, epigramas, que escriba sobre historia, sobre eugenesia, sobre filosofía, sobre la conservación de huevos y las formas de alterarlos inclusive, sobre ganado, sobre perdido, sobre finanzas, sobre nuestra legislación, sobre la legislación de los países vecinos, sobre diplomacia, sobre guaranguería, sobre las mesas de confitería, en las casas de pensión, en las guías de teléfonos, en los bancos de las plazas, en las piedras de los caminos, en los trenes, en el agua, en el aceite, en el vinagre. De esta manera se joderá más pronto la literatura. Caerán en desprestigio tan vertiginosamente las letras, que no quedará tendero que no haya publicado su segundo tomo de poesía o novela corta (como los calzoncillos). Entonces yo también dejaré de escribir. Que si estoy condenado a leer tanta mala publicación, lógico es que me lean a mí. ¡A no joder vamos! No hay derecho a encajarme el veronal, y que yo no tenga defensa. ¡Estoy podrido! Hasta en los cigarrillos, Arturo Capdevila desparrama sus desoves. Escudriñando mi vulnerabilidad, le han metido letreros hasta a la manteca:

"Si usted tiene el alma reseca
Use siempre nuestra manteca" (Iris).

No nos queda más que tirar al techo la manteca y la literatura. Cuando este ciclo patológico, olvidando las palabras del neurólogo del siglo 16, Reiomontanus, manifiesta una perversa inclinación a difundir su erotismo por las letras, es saludable cortar las raíces a la psicopatología de un pueblo estúpido, que todavía cree en el abecedario.

Todos los hombres grandes de verdad fueron brutos. Infinitamente brutos. Tuvieron la ignorancia privilegiada como para no conocer más que un solo camino. Ese camino era el camino del corazón, que ha monopolizado eternamente las armas mentales, porque ellas sólo instigan a infracciones de la caridad para con los semejantes. Y solamente bruto, tanto como lo fue el ingeniero Hipólito Irigoyen, se ha podido alguna vez un hombre

confiar en una población que tiene la aristocracia arbitraria de aventureros, que tienen hasta condes en la familia.

Cuando hayamos llegado al apetecido instante de que en cada hogar haya un escritor, entonces, pavorosamente, volveremos la hoja de parra. Y ya no precisaremos más que una caja de membrillo para guardar nuestros trajes. Con una planta de uva moscatel se podrá vestir una familia numerosa como aquella de Córdoba (aunque me presumo, la madre de todos ellos necesitará la planta entera y dos cajas de membrillo de ropero).

LOS HOMBRES SUPERIORES SOMOS COMO LOS HELECHOS

El que en la vida haya plantado alguna hortaliza, rabanito, escarola o algún otro pasto de ensalada, no desconocerá que los almácigos se nutren de bosta, de cuya gordura comerán apetitosamente. El hombre también vive de la bosta como las plantas y las plantas tienen necesidad de nitrógeno (sulfato de amoníaco) para desarrollarse y producir abundantes cosechas. Las deyecciones de los caballos, las vacas, gallinas, patos y hasta de los chicos de la casa determinan la riqueza del suelo. Esta circunstancia, de la cual están informados los agricultores, multiplica en un 68% el gustito de las leguminosas. La química agrícola no se diferencia nada de la del hombre en la sociedad. Como que el hombre es un silvestre plagiario de la naturaleza y de los libros. Copia de la eternidad y le copia inclusive a aquellos que conocen el camino. Cuando al hombre le va como el culo, aplica aquello de Terencio, "homo sum, et humani nihil a me alienum puto", (Eso de puto lo puso Terencio (también finado), calculando la vida de los internados y colegios de "Artes y Oficios"). Pero cuando él ha conseguido vianda, olvida que un hombre es un símbolo de la especie. Que no puede encajar en su medio una doctrina, porque todos los medios son inferiores y residuos de cultura, pero que más allá de su nombre propio, él afirma la obra de Dios en la especie humana, que es una especie tan digna de respetarse como la de los cerdos Bershire. La humanidad no es un juego artificial, como creen los catedráticos de las Universidades. Puede una tesis originar escándalo y puede ser combatida hasta con el cuerpo de bomberos. Pero no hay que olvidar que el que la sustenta es un hombre que puede tener hasta talento además de pulgas y bacilos del cólera. Reírse de mí porque me arranco los pelos de la verija, que es tan rescatable como el provecho de los acaparadores de azúcar, es ser bobo. A mí el sadismo me da dulzura y para mi mundo psíquico, soy un diabético. Mi alga no es un argumento metafísico, porque ella es incorruptible y no cede a la sugestión del metal como el alma de una gran mayoría de jueces de primera instancia, de segunda instancia, de tercera instancia y de cuarta instancia. Porque los hay de todas las instancias. (Hasta se ha dado el caso de jueces honrados). El dolor de cada pelo que me extirpo, sin anestesia de la zona, revaloriza indefinidamente la tenacidad de mi voluntad, a la cual no disgrega el dolor que me ocasiona.

Tú preguntarás qué recompensa tengo en este método. La de saberme despreciado. La de no ser comprendido en esta tarea. La de no probarle a los hombres "razonables" la regularidad de mis meditaciones. La de atribuirme el derecho de ser un semi-Dios que pretende llegar a la atmósfera de la Providencia, porque sin ser santo merezco serlo, por el dolor que me causa esta inclinación al dolor mismo. A posteriori, llegarán los hijos de estos hijos de puta que me rodean, y estaré vindicado en las puteadas que ellos les echarán a sus propios padres, quienes habiéndome podido mimar y venerarme, se cagaron

en mí, por el solo hecho de haberles tratado y conocido. Cuando Bayle y Epicuro, por no ponerlos en el orden cronológico en que actuaron en la planta urbana, negaron el camino de la perfección, no hicieron más que reafirmar la bondad infinita de Dios dada en el agua y el aire. De los humanos pende que sean o no unos canallas. Y los que indolentes se acomodan a cualquiera de las pederastias perturbadoras, no hacen más que justificar en la subconciencia la vocación a ser hijo de puta. (Perdoname que insista en esto de hijo de puta, pero es una palabra que llena y se la aprendí a aun respetable padre de familia).

Dios no tiene la culpa de que muchos hombres tengan piel de vagina en el recto. Y mucho menos si se hacen curetear el termo (vulgus anos) con un marinero. Al que debe interesar esta circunstancia es a los marineros o, en el peor de los casos, al ministerio de la rama.

Si la experiencia, que es la única fuente de las ideas puras donde la razón corta el bacalao, nos ha demostrado que toda erudición filosófica sólo va a parar a la revelación de la eternidad, ¿a qué carajo escribe Locke un ensayo sobre el entendimiento humano?

No hay más doctrina que la de Jesús de Nazaret, en nombre de la cual debe desarrollarse el conocimiento de la balística, para que cada ciudadano con o sin escarapela caiga bajo la puntería de un caño.

Voltaire fue un extremista demasiado irascible para creerle. Su espíritu de libre pensador está viciado. Cree en las palabras. Esta gente necesita pólvora, como todas las monarquías. La palabra ya no se filtra. Se han puesto impermeables. No se mojan los temperamentos sino con los hechos. Hay que cagarse en Montesquieu y todo el que lo invoque. Su ensayo sobre el "Gobierno Civil" encuadraba cuando la dignidad era una posibilidad más o menos peregrina. Ya no hay dos opiniones que se contradigan. El fenomenismo de nuestro siglo sólo se refuta con una defecación en plena sala. Desde Berkeley hasta Elpidio González (anacoreta finlandés), ni por casualidad un escritor ha tenido el sensualismo de la verdad, solamente Tomás Reid, en una fiesta escocesa, se bajó los pantalones y rebatió a Berkeley con una digestión, probando filosóficamente que ese acto asqueroso era digno del hombre, para vindicar su doctrina, perseguida en Inglaterra, como quien persigue a las hormigas en altas horas de la noche. (Todos hemos visto a las doce de la noche esos hombres "normales" con la próstata inflamada y una vela, maltratando a las pacíficas e ingeniosas hormiguitas del jardín). Kant mismo no fue nada más que un liliputiense reformador de Hume. Si esto hacía Kant, ¿qué no harán Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, Martínez Zubiría y Constancio Vigil? La vida sólo tiende a que el hombre se adapte a una Ley suprema que es morir, y ya que por cualquier camino el designio biológico se nos presenta, yo he creído ser más eficaz a mi dolor agrupándome otro, el de depilarme, ¡pero en público!

SÓ LO SOMOS LA VÍSPERA DE LOS GUSANOS

Como te iba diciendo, nuestra vida sólo es la víspera de los gusanos. Todas las faenas aterrizan en la bosta. Somos un paquete de bosta con uniforme o sin uniforme. La palabra no nos ha sido dada nada más que como precario ajedrez. ¡Para decir a los ciegos lo que nuestra vista alcanza! El olor de entre los dedos de los pies. El olor de las verijas. El olor de atrás de las orejas. El olor de nuestras digestiones. El olor de la vagina (tan parecido a ciertos quesos de la granja del amigo Justo Astrada). El olor que tenemos cuando no nos bañamos. Todas estas cosas empujan a creer en nuestra humildad. Humildad que hemos abolido de infelices. Apenas si podemos desocupar la tierra, conociendo cómo se mueve y porque una chinche o porque ya no se nos erizan nuestros órganos, ¡y ya no tenemos energías! ¿A qué debutar y comerciar con millones innecesarios de paradojas y sílabas que no comprendemos bien? Todos esos eruditos sólo son envases de carne y hueso que recitan con incertidumbre, desde la atrofia negativa de los problemas. ¿Por qué Jesús eterniza su verdad? ¡Porque no jugó a las escondidas! Dijo lo que él veía. Equilibró la verdad externa con la de su corazón y su cabeza. Freud no es nada más que un iluminado que se escandaliza de definir una verdad objetiva, que ya la definió sin bambullas técnicas un obrero de la madera que aseguró la disolución de nuestra cooperativa de células, en la saludable relación con la eternidad que se fagocita todos los símbolos y todas las leyes impositivas. La recaudación que nosotros podemos hacer de la existencia es tan precaria, que no nos permite desgravar el olor ni de la axila. Quien conozca historia de las culturas sabe que a través de las edades esta bancarrota aparente del género humano es la forma de que se sirve la eternidad para denunciar al que quiera darse cuenta que todos los senderos que se aparten de la conciencia de nuestra muerte segura e inmediata darán al hombre la monstruosa enseñanza. Las corrientes positivistas acusan el retardo voluntario de este ineludible compromiso de cagar fuego. Acepte o no el estado, cagarán fuego hasta el presidente de la República y todos los Ministros de la Cartera. A cada instante el estado denota la bancarrota en que cae. ¿Cómo permite un Estado poderoso y hasta con dos sub-marinos que se mueran sus hombres prestigiosos?...

Al fin y al cabo cuando muere un hombre del suburbio no hace tanta ostentación. Los hombres humildes son más resignados. Ellos están más cerca de Dios. Para ellos morirse es una cosa esperada como las puestas del Sol. En el suburbio la muerte pasa como una vieja camarada, que recolecta los que involuntariamente vinieron a probar en el trabajo cotidiano la reclamada resignación para luchar con la boca cancelada. En el suburbio la muerte entra como maestra en el aula. ¡Todos la respetan! Todos la esperan. Pero en los poderosos causan alarma. Gritan los diarios. Habla la “gente”. Pero con todo, ¡¡¡ha cagado fuego!!!

SE ALQUILA UNA PIEZA

Ganarse la vida científicamente es algo así como ganarse la vida en el gremio de los lunfardos. "Ciencia". Sólo se trata de gente que emplea un argot en el cual una cantidad abrumadora de padres de familia se nutren y esperan. Y como la ciencia es dolor y amor a otros, resulta que nadies son los científicos. Predomina una hipótesis. Esta teoría está en el complejo de intereses donde el verbalismo se ha postrado. Estrictamente los libros no agregan una sola palabra de las ya consignadas en la Biblia. Y todos los libros están al pedo. ¡Al divino pedo! La clamada ciencia sólo es una cifra determinada de palabras vacías. Porque las palabras llenas de algo no se pueden pronunciar jamás. ¡Da miedo! Cuando un cerebro responsable, cautelosamente, penetra en el campo de la eternidad filosófica, se suda, da diaforesis, como decimos los galenos, se orina y hasta se caga. (Recuérdese la época de exámenes). Es tan seria la impresión de descubrir algo ante cuyo imperio nuestra envoltura no vale un sorete, que recién se justifica la auténtica humildad de la sabiduría. La ciencia no puede reproducir ni una planta de ortiga. La ciencia no es capaz de hacer germinar porotos fuera de estación. La ciencia no es capaz de levantar ni un guarda de tranvía de la Chacarita. Y si no, ¿por qué no se confabula la ciencia para hacerlo levantar al general Mitre, a efectos de quedar bien con la prensa grande?... Abrumadora perogrullada que contiene todos los signos de nuestro S.O.S. frente a la omnipotencia y potestad de las ortigas.

El parís tuve que ganarme la vida de una manera originalísima. ¡Te explicaré!

.....

Andaba bastante desorientado en ese país, que es algo así como la letrina de todas las nacionalidades. Donde los sabios "mascan las perdices fermentadas", en los "bosques Elíseos", con la sangre fría que Jiménez de Azúa dicta una clase de hematología. No me moría de hambre, porque de hambre se mueren los que tienen una infelicidad profusamente distribuida en las hormonas. Y alquilé una pieza en el departamento de una distinguida dama morfinómana, cuya gran calaverada consistía en quedarse dormida como una mujer que se hirve y se acuesta cada mañana. Compré en las fondas de suburbios y a algunos boxeadores, medias y suspensotes usados. Camisetas de trabajadores en los guinches del Sena, y secretamente distribuí entre la ex nobleza y algunos militares deportados, tarjetas con esta inscripción:

SE ALQUILA UNA PIEZA
Tiene olores violentos

Al día siguiente un general, de casi cuarenta y nueve años, reclama mi presencia. Necesito, me dice, alquilar su pieza. Urgentemente. ¡Ya! Pero señor... ¡Nada de excusas! ¡La preciso ya! - ¡Muy bien!, dije, y cobré por adelantado el importe de un mes. Me pide la llave de la misma, y yo, frente a ese delirio, no pude menos que espiarle. Era tanta la sorpresa, que toda la academia española, y la catalana (recuérdese que son separatistas), no me alcanza para delinear esta acuarela. El militar, como quien se lanza sobre una chica de quince años que espera que la inauguren en la luna de miel, perfumada y lavadita y con combinación de seda, así, idénticamente, se lanzó sobre las medias que estaban colgadas en un clavo. Las olió como si emanaran a fábrica de los perfumes de Griet, las mascó, se las refregó por las mejillas, las saboreó, se las pasó por debajo del saco, por la solapa, como si estuviera inflamado bajo el calor de una arenga patria pronunciada en Lima o Cuba. Pero todas estas traducciones son pálidas (Casi sin sangre), al ver el suspensor de un ex boxeador, vecino al clavo de las medias. Entonces, como tocado por un cauterio, se sacó la ropa, y se apretó como hacen las normalistas con la almohada, a las riendas malolientes de este implemento (alcancía de olores). Histéricamente, cayó en lipotimia, como pudo caer petronio (también finado) bajo la exquisita nazarena de dos kilos de oloroso ungüento. Desde ese día en adelante cambió mi vida en París. Toda la aristocracia de distintos países venía a alquilarme la pieza. Aunque sea por horas. Y hubiera hecho fortuna, si muchas rotiserías, que se dieron cuenta del negocio, no hubieran untado sus fiambres, pasteles, longanizas, pollos hervidos, con una salsa que tenía el mismo sabor a verija de los suspensotes, que yo alquilaba a toda la gente de alcurnia. Yo, Vagagá, soy el creador de este undécimo sentido que desperté (para uso privado) en la generación contemporánea. Hoy el renglón se ha venido abajo. Se han instalado estos olores hasta en los paseos públicos, en los comités, en los centros recreativos, en las reuniones científicas, en las salas de exposición, en las cajas de conserva, etc. etc.

¡Hoy día, ni las medias de Scarlatto[5] provocarían sensualidad!

[5] Scarlatto, filósofo griego y logósofo argentino, que se ganó la vida con un salón de lustrar camabuses. Todos los países son ingratos con sus generaciones destacadas. (Nota del Autor).

CUANDO YO ERA SENSATO

-Tú te acordarás que yo fui sensato. Te invoco aquella época, como quien añora un destierro.

-¡Ah!!!

-¡Ahhhh!!!

-Ya no volveré más a aquellas tierras. ¿Para qué? ¿A quién encontrará?

¡Sería un extranjero en mi propia patria! Aquella época en que para debutar en el parche brumoso de mi provincia necesité leerme el tratado de "enfermedades venéreas" de Galtier Boissiere. La Embriología de Leigton. La Histología de Branca. La inmunidad antiinfecciosa de J. Much. La "Histología del Sistema Nervioso" de Nicolás Roveda. Anatomía de Testú y las investigaciones de Pou. Obstetricia de Girol. Parasitología Humana de PArodi. Psicología de Ziehen. Patología Médica de García. (No tiene nada que hacer con García del almacén). La puericultura de Pinar. Un empastador resumen de técnica operatoria de la Facultad de Medicina de París y de la Facultad de Bucarest. Vegetales que curan y vegetales que matan de Rawton. Los desoves de Aráoz Alfaro y los de Ara-es Al-foro. Mecanismos de la Correlación fisiológica de Pi-Suñer. El manual de Fabricantes de grasas. El manual del Perfecto Jabonero por Rosignon. El Formulario de Perfumes y Cosméticos por Rossi. El Perfumista en casa. El perfumista en la otra casa. El fabricante de Barnices, Tintas y dorados por Méndez Calzada. El manual del encurtidor. Industrias Textiles por Sanguinetti (un sanguinete cualquiera) y Caballeros de industrias, por varios patriotas argentinos.

Tengo conocimientos en velas, fósforos (inclusive de los Victoria), gas, vinos, bebidas, licores, bebidas perfumadas, cafés, thes, cigarros y la adición. Ya ves que en el arte de conocer los estilos sé hasta cómo se puede depilar sin dolor. Y esto que posiblemente no conoces tú, que también eres laureado en la Universidad, que después de hacer ejercicio físico duele menos arrancarse los pelos. Porque están mojados y se abre la porosidad. ¡Todo tiene su clave! En la vendimia, no todos conocen de arrancar los racimos. Y, a simple vista, parece simple. Sin embargo, es previa una alta idoneidad. Los que, como Anzoátegui, o algún otro depilador de a quince la docena, quisieran imitarme en la depilación, sufrirían. Yo he llegado a esto, después de lo otro. Yo ya estoy en "Paz, Poder y Abundancia" de Marden. Soy el relojero de mis pelos. Me pertenecen a mí. Cada pelo es un minuto. Si me precipitara en arrancármelos, este reloj de arena de los pelos rompería su ampolla, que sangra sus minutos con menos hemofilia intelectual que Carlos Ibarguren. Mis pelos, como la arena, tienen una discreción que responde a una finalidad. A la literatura le faltaba un coagulante. Yo soy la "Hemamelis Virgínica", que tengo una acción vaso-contráctil sobre la túnica muscular venosa de todos los hemofílicos de la cultura.

Y la administro por vía gástrica, por vía rectal (ya casi proscripta), por vía venosa, por vías urinarias, por vías intra-musculares. La gelatina intelectual y moralizante en los hemofílicos de palabras huecas, produce dolor, inflamación, reacción febril, eleva la temperatura a 42 grados, insomnio, trombosis, embolia, debido a la hipercoagulidad de la sangre. Hay que usar sueros minerales, como la mierda, que contiene el suficiente citrato de sodio y que da excelentes resultados, aparte de la excelente acción moderadora sobre los nervios de los clásicos y los pequeños vasos capilares del periodismo purista. En la bosta (si es después de banquetes) hay metatrombina activa, que es bien tolerada en los escritores adultos.

Simena, hematólogo de nota, ha escrito un libro, que te lo puedo recomendar y en el que trata de los elementos hematopéyicos del estiércol.

Yo sé que mis libros obran de coaguleno y en una antigüedad no remota, Quevedo y Rabelais (colegas desaparecidos en el cumplimiento del deber) cortaron la hemofilia de una época, a base de la influencia que tiene en el hígado el uso moderado de las enemas antitóxicas de mierda. La teoría de los antigenos en bacteriología liga la toxicidad adecuada de uno a la exasperación de otro que espera en el organismo. Análogo régimen práctico ante la expansión epidémica de hijos de putas precoces, que han complicado la fisiología de las sociedades organizadas haciendo fermentar la pacífica levadura de las almas. Para escribir es necesario tener afinidades armónicas con el límite de la verdad social. El rigorismo, que es base y función, en la lógica científica, se exige en todos los órdenes, menos en el de las ideas. Y es creencia general que las ideas son obligatorias en las cabezas. ¡No, señor! Hay cabezas cuya única misión en la vida es consumir aspirinas. (Por las digestiones de vaca). Otras, llevar el sombrero. Otras, lelvar guampas. No hay hogar que no tenga un “genio” en la familia. Si no existe, hay que inventarlo. Para que dé lustre a los otros desgraciados que no aspiran introducirse en las letras de molde.

HOY EL GENIO, COMO LA TRIQUINA, está en los cerdos.

Atenuarás ahora, porque cuando me acuerdo de la época de mi cordura disfruté vesiánicamente del regocijo que significa suprimir por decreto un riñón tuberculoso. Ahora me contento con ser morfológicamente un hombre que salvará a la literatura, cuando pueda introducirle la ruina. ¡Ya la literatura está infectada! Le he inoculado carbunclo y todos los anaerobios que la convertirán en una cosa que se hinchará progresivamente, hasta que reviente. Tú debes escribir así también como yo. Aconseja esta clase de autovacuna. Todas las bacterias son, en la química del Universo, las pequeñas cosas que esterilizan y sostienen el equilibrio práctico del orbe.

Ya Perty, botánico que trabajó en el alambre y con sombrilla en el año 1853, dijo que la minúscula hormiga de las selvas africanas había liquidado a todos los leones. Se les metían en las orejas para podrirles los sesos. ¡Lo demás viene solo!

La asepsia y la antisepsia presupone una necesidad frente a un fenómeno infeccioso. Se habla de remedios, cuando hay enfermedades. Si alguno duda de que la literatura está enferma, que se vaya a una librería y compre dos o tres kilos de literatura y podrá palpar que hasta un Señor varón del bisa[6] trabaja de pensador aparte del hijo de lopoldo lugones y martínez suviría.

Yo consolidaré mi paz con el género humano cuando se hayan cerrado las academias y cuando ningún hombre sepa hacer ni la O redonda. Aparte de que saber no sirve para nada, la cultura no perfecciona. Apenas un hombre se da cuenta que puede hacer algo, ese hijo de puta que tiene en pañales, termina por ponerse pantalones largos y lo hace salir a la calle.

Nosotros nos salvamos, porque estamos dentro de esta lechería.

[6] El nombre de Raúl Barón Biza, al igual que el de otros intelectuales, está mal escrito en el original, presumiblemente con una intención sarcástica.

CASTRACIÓN Y ENGORDE ARTIFICIAL DE LAS ALMAS

Por ejemplo, aquí dentro de esta lechería, ese hombre bigotudo que nos está mirando no ha meditado jamás que la leche que él expende tiene un origen muy distinto del que él mismo cree. Lo que él expende, que debiera ser de la vaca, no lo es totalmente. Más del 69% pertenece a las aguas corrientes y el saldo a las aguas pluviales. La vaca, ojerosa y pacífica, ha necesitado robarle a las tormentas de verano e invierno la cantidad suficiente de agua para ponerse en condiciones de ser ordeñada. Su táctica no es novedosa. Es de una época anterior a la conquista. Esta obra la realiza la preconciencia de la vaca, que busca el pastito húmedo. Muchas teorías podría poner al servicio del velocípedo, sobre el que anda la humanidad, para pensar.

La cultura nos castra, y nuestras almas engordan en un positivismo con mostaza, casas de citas, hoteles, ascensores y un poco de historia. Jesús de Nazaret, que tenía la niñez de todo santo de verdad, debe haberse reído sabrosamente al verlo a monseñor Pacelli, con anteojos, paseando por las calles de Buenos Aires, sobre un carrito, como si la población, tetanizada, sacara este fainá venido de Italia en el Conte Grande. El lujo del Congreso Eucarístico coadyuva a exasperar la destreza que tienen todas las oraciones, en hacer del hombre una cosa humilde. Yo mismo soy un mundano predicador, que como la sombra y como el sapo, llevo la enseñanza eterna. ¿Qué haría la luz si no la auspiciara ruidosamente la sombra? ¡Seríamos todos ciegos! ¿Qué haría el hombre si no tuviera al alcance su mano derecha o izquierda (el caso de los zurdos), el sapo, que con una sobriedad exagerada también acude a su repugnancia para recordarle a la especie humana que él se codea con ella y que él también disfruta del oxígeno otorgado por Dios? En este plano de superficialidades de las ciencias, le diré que los románticos se caracterizaban por la pesada empresa que significaba alejarse cada día más de la precisión y la geometría. Nacer, para ir a las cosas hechas, sería triste como una despedida. No habría objeto de la longevidad que prescriben los naturalistas, que son científicos a campo. Con respecto a los de galpón o a pesebre, que son los academicistas. El objetivo intrínseco de procrear se habría cancelado. Habríamos nacido con la población ya verificada, y estaríamos reventados. Las extralimitaciones conceden una posibilidad. Escaparse de ellas, para volver al punto de partida. Yo antes era numismático, como Monseñor Cabrera y Don Ramón J. Cárcano. Después me aburrí bárbaramente en este potrero de salicilato y me saqué las medias, los pantalones, los calzoncillos, y así escribo. Cuando me haga frío, volveré a ponerme las medias y los calzoncillos, y los pantalones. Es decir, otros pantalones, porque los que usaba son de la época de los pantalones bombillas. Yo ya llevo tres o cuatro cientos períodos en mi vida. Me construyo, me destruyo, me vuelvo a construir, después me vuelvo a desconstruir, y así me vivo edificando. Se edifica a base de demoliciones. Cuando haya que hacer un

nuevo Gobierno, habrá que echar a bajo la Casa Rosada. Es una arquitectura antigua. Además ahí guardaron hasta las "ideas" del Ingeniero Hipólito Irigoyen y el precipitado Horacio Oyhnarte que "comprensivo", le hizo un catecismo. ¡Ah!, ¡bandido Horacio! Lástima que tus impulsos de mascador de la media te priven de la ironía. Los catecismos son para los chicos. Eso era lo único grande que tenía tu catecismo. ¡Era un brulote!, y no se debe reír nunca del hombre que nos ha nutrido. Tú eres un ejemplo de ingratitud. Te contaré una moraleja sobre la gratitud humana. Hay un cenador de la Nación, que tiene cuatro pelos en eso que él rumbosamente le llama cabeza. Les pone loción, los peina, los engomina, los acaricia, y cada día se le van cayendo despiadadamente. En cambio, unos cabellos largos, que tiene instalados con derecho treintenario en el brocal del ano, los lava de vez en cuando, no los perfuma, los mancha a propósito con digestiones de toda naturaleza (siruposas o consistentes), y éstos, pelos inmutables, sombríos, como su propio aspecto, no se dan por aludidos. Las generaciones son así. Ya ves lo que pasa con don Miguel Cervantes Saavedra (también finado). Se esmeró con la riqueza del quijote. Lucró de los tonos de su miga mental y la "humanidad civilizada" le deglute los escarpines a Saavedra Lamas, creyendo que se trata de un pariente lejano, que da puestos. Y yo, con este surgente de realidades (que todas están en el diccionario español) soy leído hasta en la letrina. Cosa que no le ha ocurrido al finadito Miguel.

YO EXPLOTO MI PROPIO TAMBO

Cuando Platón, con sus furgones cargados de escolástica, espectoró su filosofía, no se propuso nunca descubrir la verdad. Sino crear el sentido que cada uno de los peatones pudiera tener de su verdad. Ameghino es un tambo que se explota a sí mismo, como yo soy otro tambo que me exploto a mí mismo. Te cito a Ameghino porque él se fue hasta la cal de los huesos, cosa que me propongo en esta indeseable lechería. Aburrido, Emerson le hizo una punción a su impudicia, y empastó muchas generaciones con la "Ley de la vida". Las doctrinas no son para distanciar el género humano, sino para rejuntarlo, como si se rejuntaran caballos en un solo potrero. Por eso lo ridículo no es el hombre con sus juanetes y sus hemorroides, sino sus doctrinas. Un hombre es una cosa seria y tan seria que hasta contagia ladillas. Pero escucha todos los fonógrafos y las conferencias de radio, y se ensucia los oídos, la boca, y se embarra hasta el pescuezo. Después de haber hecho algunos recorridos por estos cenagales, ya se siente una prolífera vaca de tambo, durand, holandesa, flamenca, normanda, simmenthal, jersey, schwitz, ayrshire, y si no puede, aunque sea una vaca criolla. Cuando para sí piensa que ha juntado manteca, sale a dejarse ordeñar y se pasea por las bocacalles mostrando sus pezones, sus venas mamarias y su ubre bien desarrollada.

Zootécnicamente considerado, el escritor puede dar de catorce a treinta litros. Por ejemplo, Lugones (el papá) es de treinta litros. César Carrizo, de unos once litros. Barón Biza[7] de seis a siete litros. Conviene considerar que las cualidades lactíferas de este autor del "derecho de matar" dependen de los pastos y de las aguas. Extraída la leche de los escritores, cuando es abundante, se pasa a la sala del descremado, donde, convenientemente, se desnata la leche, que consiste en un manual operatorio bastante conocido en las vaquerías. Esta tarea consiste en separar la grasa por centrifugación. Existe también el desnatado natural, que, como es sabido, se obtiene dejando la leche en reposo. Es decir, esperar hasta que salga la vaca autora de la leche y la reclame como de su propiedad. Pero el procedimiento más común es someter a la desnatadora todo el producto. Una vez tamizada perfectamente por la alfa-laval, se destina a una segunda descremada para la caseína, y el saldo o remanente, como quieras decir (para demorar más tiempo), se lo das a los cerdos.

Para desnatar la producción de los escritores es prudente examinar, mediante unas pruebas empíricas de laboratorio, que denuncian si uno ha visto o no esa leche en otra vaca. La acidez, calostro, sangre pus, con cofermentos que se computan en la valorización de la leche. La limpieza con que

[7]Ironías póstumas: Viñole detestaba a Raúl Barón Biza como escritor (pero no obstante, como se vio en el prólogo de esta obra, no podía disimular haber sido influido por él). A comienzos del siglo XXI, la suerte de uno y otro ha sido dispar; mientras que Barón Biza se ha convertido en un escritor de culto, Viñole ha sido olvidado por completo y considerado más un personaje simpático que un hombre de letras. Es más que seguro que no le agradaría saber que su obra se recupera, pero en homenaje a Barón Biza. Y para mayor disgusto suyo, con una foto del propio Raúl en el encabezado.

ha sido ordeñada la vaca literaria, la estación, el país o territorio donde vive la vaca, dan caracteres que actúan. Algunos lecheros al menudeo alteran el producto con sesos de otros animales o patatas; pero leche, propiamente leche intelectual, dan pocas vacas en nuestro país, y en el país de los otros.

Antiguamente, aparte de la leche de almendra, que viene a ser como el Zogoibi de los productos mantecosos, se llamaba leche al jugo biológico de un animal que se incorporó con alguna exageración en nuestra literatura. Bromatológicamente, no podríamos llamar leche ni aún a las producciones de Constancio Vigil, porque casi todo su contenido está en el padre nuestro. Pero para no perder una idea de este producto integral, sano y lógico, diremos que en un proceso de higiene un tambero descubrió que leche era un líquido blancuzco que se obtenía del ordeñe personal (nótese, personal) y que servía para alimentar y que lo entregaban en la ventanilla de uno de los agujeros de las tetas (sin contaminación), las mentalidades hembras, con el exclusivo objeto de probar que adentro de la leche iban acompañados de la mano los siguientes elementos: Caseína, lactoalbúmina, lactoglobilina, lactosa, materias grasas, sales minerales, fermentos y una porción de sustancias nitrogenadas, que servirían de prótidos y fosfoproteidos.

Esta riqueza en lecitinas y glicéridos (estearina, palmitina y oleica), constituyen el valor alimenticio de la química cualitativa que aporta el tambo mental de un pensador para restituir a la sociedad la falta de leche de las vacas mentales de los pensadores de la vereda de enfrente.

Mi leche es fresca, parece que recién sale de la planta, con una tenue coloración azul. Pidamos un vaso de leche; vas a ver qué distinto color tiene. ¡Yo me entiendo de vacas! Recorre mi literatura y verás la transparencia mate de las buenas leches. Leche que no ha pasado por la peluquería. Leche que viene hasta con el pelo de la vaca. Es aromática. Esto sí, tiene un poco de olor a hinojo, que es el anís de la campiña. Es una leche que tricalcifica el alma de los que aman las buenas vacas. En suma, puedo asegurarte que mi leche es sin pseudónimo.

GATERÍO DE LOS INTELECTUALES

En el lunfardo neurológico de la psiquiatría (casi argot), gatería quiere decir cagarse en los colchones o en la propia ropa. El acto físico no tiene ninguna modificación histológica, aunque se diga con una palabra terrible: -¡Cagarse!!!, laboratorio que cada uno lleva debajo del chaleco en el invierno (y bajo la combinación las novias). Evacuar, como diría un hombre con guardapolvo blanco que para llegar a eso ha ido seis o diez años a la Universidad. ¡Cagarse de rabia!!! Como si dijéramos la panofobia del ano, hidrofobia, fobodipsia, Cinolyssa, Lyssa, tétanos rábicos, o el "lasciatti ogni esperanza". ¡Hay que defecarse, no queda otro remedio!

La ansiedad por conocer la etiología de la rabia o estrilo viene desde más allá de Aromatorius. En el siglo primero de la era cristiana ya la rabia ejecutaba el decomiso de los hombres. Hoy a los hombres se decomisa ubicándoles el corpúsculos de negri, que los tienen metidos en los núcleos motores del bulbo y de la médula. Hay que legarles hasta el asta de Ammón, hasta que se caguen de rabia. Yo seré el Nocar, o el babés en la esterilización antirrábica. La literatura llegará, por intermedio de mis inyecciones, a mejorar su carácter gruñón, desobediente, inafectuoso. Los literatos no se tragarán como los perros los objetos diversos en los accesos locomotores de falsa dignidad.

Por el método Mann he colorado las células gangliónicas y seguiré haciendo el contagio experimental para transmitir el virus rábico, llegando hasta debajo de la duramadre. Escupiré en la carótida los conejos de laboratorio y exaltaré en los cobayos y ratones, la virulencia, hasta hacerlo un virus fijo. Un virus tranquilo, domesticado, con el cual puedan salir a pasear hasta los chicos, como quien pasea sobre un manso petizo, la sonrisa de los mamíferos que no han llegado a nueve años. (Véase en el jardín zoológico los domingos). Pondré toda mi tragedia al servicio del buen humor y nos cagaremos de risa de todos los disfraces humanos.

Conviene que notes la diferencia que hay en la forma de cagarse de rabia y cagarse de risa. Como es prudente que examines la diferencia que hay entre un hombre y otro hombre. Uno se baña, el otro no. Uno sabe leer y escribir, el otro (felizmente) no. Uno hace tres o cuatro digestiones, al otro le basta con una. Uno tiene voluntad (es telefonista), el otro la perdió hablando por teléfono. Uno es conciente de sus errores, el otro con la conciencia mutilada. Uno está idóneo en el abecedario de todas las prostituciones (inclusive el bridge), el otro no ha ido más que al biógrafo de la mitad de la cuadra. Uno aspira su gloria, el otro tiene la tragedia de merecerla sin haber plantado ni siquiera un árbol genealógico.

Uno piensa de corrido, el otro piensa tartamudo. Uno sube, el otro baja. Esta delicada balanza de la regularidad sobre la que descansa el equilibrio se maneja a base de desacuerdos. ¡Como los ministros!

Las leyes de fondo de nuestro país (a la derecha), no se encargan de prevenir las infamias. Les basta y les sobra con castigarlas. Los hombres, en los discursos patrios, se refieren a las águilas, pero se dedican los pollos al spiedo. Con esas mismas bocas dicen palabras cariñosas a sus hijos o a sus esposas, van y la emplean en pintarle una cancha de golf, con saliva, en el stadium de la pelvis, a cualquier meretriz de la manzana.

Los hombres (no confundir con los literatos) son tan cochinos, que refunfuñan cuando uno le llama pan al pan y mierda a la mierda. Querrían que a la mierda le llamáramos bouquet, o lazareto de vitaminas, o cementerio de las acelgas.

El hombre es simplemente un tarro de mierda, que algunos huelen más y otros olemos menos. Aunque hayan escrito la gloria de don Ramiro, o la gloria de los militares con espadas vírgenes (virgo).

La toxina botúlica de mi tinta enfermará a los demás bobinos que se las dan de ano negro en el campo de la cultura, cultura que no levanta un solo hogar hambriento de pan y diez de queso. Todos estos trastornos respiratorios de la sociedad nos están gritando que estamos mucho peor que hace cincuenta años. Y eso que ahora hay “diatermia” hasta para las rectitis. Complejo síndrome el de este rasorismo intelectual. La odinofagia de mi pluma y de mi posición de lucha es tan real que cuando se haga la autopsia de mis verdades, dentro de cincuenta años, encontrarán inopinadamente razón a la razón de haber desparramado todas estas toxinas solubles. Al bosquejar la fisiología patológica de las intoxicaciones culturales se comprenderá que yo tuve el valor de no ser confundido, como escritor y como erudito. Como lápida a la sabiduría contemporánea me basta y me sobra los tres cartones universitarios que he sacado con altas clasificaciones y medallas hasta de las academias de corte y confección. ¿Qué pueden negarme? ¡Si soy tan doctor como ellos! Sino que yo, avergonzado de mi pequeñez ante la eternidad, que da hasta granos a domicilio, me siento feliz de arrancarme los pelos en público. ¡Los pelos son míos! ¡Son de mi propiedad! ¡Me pertenecen! ¿No faltaba más?... La sociedad podrá hacer lo que quiera con lo que a ella le pertenece. ¡Pero en mi ingle mando yo! Es un asunto de la periferia del derecho privado. ¿O se trata también que la tarea de los civilistas debe ser puesta en duda?

TEATRO AGUDO Y REALISTA

¡Un momentito más! Ya te irás. Es decir, ¿a dónde irás que te escapes del luminal? Si no te lo administro yo, te lo dará, por enemas, un miembro de tu familia o cualquiera otra persona que te ama más de lo que tú precisas para tener ochenta pulsaciones.

Yo también tengo que irme, y no tengo apuro. Es que a ti se te puede hablar, Viejo amigo de la infancia. Tú, que eres de talento y que tienes tu alma intacta, porque no la usas nunca.

Esta sed de aire, esta midriasis, esta parálisis incompleta del obicular de los tres ojos del hombre, se mejorará con mi teatro.

-¡Ah, también eres autor teatral!...

-Vamos... ¿No lo son Tito Insausti y Antonio Saldías?... ¿Por qué no puedo incubar un drama o una comedia?...

¿Te parece poco drama haber nacido con sesos y escupirlos constantemente?...

Salvarse a sí mismo equivale a las púas que San Luis se metía en las carnes. ¡Misticismo puro! Las dimensiones íntimas están situadas en razón adversa a las limitaciones externas. Hay algunas botellas que se destapan para afuera. (Casi todas).pues yo, como la chinchibnirra, me destapo para adentro.

¿A que no te habías fijado?... Es una cosa simple, pero que la descubrió el tilingo Gómez de la Serna. Los tilingos somos así. Descubrimos lo que no pueden advertir los mayoristas. La minucia, despachadores al detalle, como Gómez de la Serna, Oscar Rubén Darío Vagagá y algún otro, son los que hacen digestible la existencia. Resulta que todo está en la Biblia. ¿Y qué vamos a hacer hasta que venga el período de los pliegues por vía de apremio? Dedicarnos al detalle. A la venta de la malva o alguna otra yerba inofensiva, además de meter el consejo...

-Pero tú te sales de la cuestión. Eres cambiante.

-¿Qué? ¿Acaso te parece más discreta la monotonía de un tema unilateral?

Yo aquí no vengo a dar una materia, sino a volcar mi pus y mi pis.

El ejemplo de la volubilidad lo cosecho de las cuatro estaciones: Verano, invierno, otoño y primavera. La naturaleza es una descocada, que se ha desparramado a su antojo, como quien tira garbanzos a los patos. Mira, sino, los arroyos. Si su finalidad fuera el orden, los habría puesto en fila. En cambio, los ha tirado como el que dice, “allá va... paque se bañen donde quieran y cuándo quieran”.

Y no ha vacilado en sacarle pelos a los hombres de la cabeza y se los mal reparte en otras tierras o atrás de la puerta. Si no sería coagulable.

Como que los hongos no son más que la forma corporal de un gas no irrigado en alguna de las estaciones.

-¿Pero tu teatro?...

-¡Bien!

Aparecen en escena Lola Membrives o Berta Singerman, ya que Fanny Brena se dedica casi a las películas de Enrique Larreta y no tiene tiempo.

ACTO PRIMERO

Escena: Un banco de jardín. Una mesita. Plantas, con flores blancas o amarillas. (Esto no importa). Sobre la mesita una botella de agua rubiná.

ACTO SEGUNDO

Cualquiera de las actrices nombradas, se toma la barriga, o las inmediaciones, y expresa como si hubiera comido damascos verdes y leche cruda. Mira la botella. La toma en la mano y sale por el foro.

ACTO TERCERO

Se presenta en escena más contenta. El drama se sospecha. La verdad no interesa. Todas las verdades son brutales y despreciables como este tema.

Si tú anhelas imprimirle mayor verismo, como dicen los "tecnócratas" de las tablas, instalas el baño en el escenario. ¿Negarás lo interesante que sería para el pueblo anunciar un teatro de esta naturaleza? ¡Sería un éxito de boletería! Se llenaría de gente. Y si ahora nuestro teatro sólo es la expresión de una parcela de la ciudad que come de tarde en tarde, no veo qué distancia significativa hay con mi realismo. Los otros teatros adulan el amor en el sentido uretral y vaginal; yo lo adulo también en el sentido visceral. Nuestro teatro está reducido a una cartilla de vísceras. ¡Todo es lenguaje de las tripas! Yo he tratado que mi obra también sea una cuestión de tripas colmadas y tripas que están por colmarse. ¡No te quejes!, que yo no soy el culpable de este estado intestinal en que ha caído la colectividad que va a alas universidades y las conferencias de Nhapal. Es el síntoma típico del siglo veinte. Las toxinas ascienden a lo largo de los nervios. Todo es cuestión de toxinas. Que hasta las flores te matan. Las toxinas del polen (fiebre del heno), de los poetas, hacen más mal que esta toxina con nicotina. La ambrosia, tan laureada por los poetas diabéticos, produce enfermedades tan dañosas como el "cáncer" de la "Sociedad" de Arturo Bas. En la microbiología de las almas sólo heredamos una posibilidad de sensibilización. ¡Esa está perdida! Aglutinada en una cápsula de Petri. Los pensadores producimos un cuerpo hemolizante (anhidro del éter

monopalmitofosfoglicérico, de la colina), que según Fornheau es un veneno que destruye los glóbulos rojos.

Es prudente que toda reclamación se la hagan a este señor Fornheau (que no es finado), y que tiene su domicilio en las inmediaciones de París. (No tiene amantes, es hombre de edad). Seguramente está a las diez de la noche en su casa. Ha llegado a la dignidad a base de calendario.

ME HAS ESTAFADO

-¡Ché!, ya hace más de cuarenta minutos que me tienes pignorado en esta lechería. ¡Me voy! ¡No hay derecho! ¡Yo también vivo de mi trabajo! ¡Yo no me arranco los pelos, porque tengo miedo que me vea la gente!

-¿De manera que tu decoro está en que no te vean?... ¡Es el decoro de nuestra sociedad! ¿De manera que una impudicia amparada por once millones de impúdicos deja de ser impudicia?...

-¡Es la ley de la cifra!

-... En suma, una fabulosa cifra documenta que tú eres un hijo de puta en el más exquisito, aromático lenguaje!

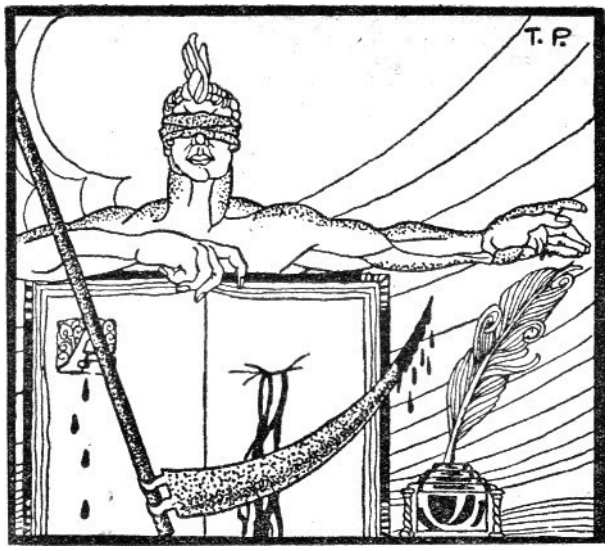
-Perdóname que no piense contigo, aunque para mi camiseta estoy seguro de que es necesario poseer mucha originalidad y mucho talento para no caer en la consideración pública.

-Es que tú también has razonado demasiado en torno a las ondas de tu metafísica y monopolizas la lógica, para evidenciarme tu locura. ¡Tragedia bárbara la tuya! Adulteras mi verdad para que, por el mecanismo de la razón pura, yo me incorpore a tu verdad.

¡Me has estafado! Te comprendo, y toda cosa que se comprende es vulgar.

Los pueblos admiran y hacen monumentos a aquello que no comprenderán en la reputa vida. Tus cosas son lisonjeras esperanzas, que no me evidencian mi fin humano. Las comprendo, pero no las practico.

Dudas de mí...pero mira esta noche la Luna, y puedo asegurarte, bajo palabra de honor, que esa cosa real y triste no la ha hecho el Vaticano.



Biblioteca Virtual Raúl Barón Biza

Este es un proyecto sin fines de lucro destinado a restaurar y recuperar obras que ya no se consiguen en las librerías.

Nada reemplaza la alegría de tener un libro en las manos; esperamos que si ya poseías *"El Hombre que se depiló la Ingle"* de Omar Viñole, esta restauración te sirva para dejar de fatigar el original y conservarlo en buen estado. Un libro digital nunca tendrá la calidez del papel escrito, pero tampoco se deteriorará con el paso de los años.

Si has terminado de leer este libro y te ha gustado pero no lo conocías, no dejes de buscar el original para tenerlo en tu colección.

No apoyamos la piratería en ninguna de sus formas, pero lamentablemente hay libros que nadie nos puede impedir leer. Ni siquiera los vaivenes presupuestarios de una editorial. Menos que menos, los intelectuales de turno. Esta restauración virtual es una forma de acceder a libros que ya no se reeditan; el día que vuelvan a imprimirse, quedará como copia de resguardo. Pero por el momento es la única forma de leer a autores y libros que no merecen el silencio.

Raúl Barón Biza es uno de ellos; tal vez el más incunable de todos. Nunca reeditado, y vilipendiado por académicos de pacotilla que publican sus ensayos en revistas dominicales. También es nuestro escritor más querido. Por eso este proyecto lleva su nombre. Es la mejor manera de rendirle homenaje como lo que fue: un hombre de letras.

De su mano llegan otros autores, sus compañeros de infortunio; los olvidados de las letras oficiales. En su memoria, intentamos rescatarlos a todos, como a él le hubiese gustado. También es la forma de decirle GRACIAS a **Raúl** por regalarnos la fuerza de su pluma en tantas páginas emocionantes, poderosas e inolvidables.

AMIGOS DE BARÓ N BIZA

aleminolfi@yahoo.com.ar waisberggabriel@hotmail.com arielcurone@hotmail.com